

CRISTIANDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

«LA CRISTIANDAD DE ESTAS INDIAS»



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	32	Orientaciones bibliográficas <i>Pablo Cano</i>
5	La Hispanidad: una Cristiandad «a la española» <i>José Ignacio Orbe hnssc</i>	34	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
12	«¿Paraíso indígena o infierno pagano?» <i>Isaac Rodrigo Larrea</i>	36	Pro beatificación padre Enrique Ramière <i>Evaristo Palomar</i>
15	¿Virreinos o colonias? Dos modelos imperiales <i>Miguel Ganuza Canals</i>	37	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa Presas</i>
19	La conciencia católica durante la conquista de América: la controversia de Valladolid <i>Balbina García de Polavieja</i>	39	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
24	Ya no hay judíos ni griegos... El mestizaje en los virreinos americanos de la monarquía católica de España <i>Sergio Coca Crespo</i>	42	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
28	Isabel, Malinche y la Guadalupeana. Civilización y evangelización de América <i>Rosario Jaurrieta Manresa</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley/ Piero Viganego Busquets</i>

SECCIONES

Razón del número

Una gesta única en la historia de la civilización occidental

La tarea evangelizadora estuvo durante siglos íntimamente unida a la historia de España, fueron los siglos de oro de su historia, y a pesar de todos los avatares, decadencias y olvidos, renace siempre de distintos modos en la sociedad española.

EL hecho del descubrimiento y evangelización de América, con juicios diversos y contradictorios, periódicamente vuelve a ser de gran actualidad. Noticias como lo ocurrido últimamente en México en la toma de posesión de la nueva presidenta y un reciente reportaje televisivo, sosteniendo la ya vieja tesis del origen judío de Cristóbal Colón, son muestras de ello.

Como han reconocido tantos historiadores, ha sido una gesta única en la historia de la civilización occidental en la que España ha tenido un protagonismo esencial. Toynbee en su monumental obra *Estudio de la historia*, subraya la importancia totalmente excepcional del descubrimiento, que estuvo impulsado por una lucha multiseccular contra el islam.

«Esos *pioneers* ibéricos de la Cristiandad Occidental prestaron un incomparable servicio a la civilización que representaban. Dilataron el horizonte, y por ende virtualmente el dominio, de nuestra Sociedad Occidental, desde un oscuro rincón del Viejo Mundo, hasta que llegó a

abrazar todas las tierras habitables y mares navegables de la superficie del planeta. Debido a la energía y empresa ibéricas, la Cristiandad Occidental ha crecido como el grano de mostaza de la parábola, hasta convertirse en “la gran sociedad”: árbol bajo cuyas ramas han venido a cobijarse todas las naciones de la tierra. Este mundo occidental de los últimos tiempos es obra peculiar de los *pioneers* ibéricos de la Cristiandad occidental; y la energía occidental que cumplió esa hazaña fue provocada, sostenida y exigida hasta su intensidad máxima por la incitación de la presión siríaca en el frente ibérico. Los navegantes castellanos y portugueses que en el primer siglo de nuestra Edad Moderna hicieron sentir su presencia por todo el mundo eran los herederos de los hombres de frontera cuyo espíritu se había templado en treinta generaciones de tenaz guerra fronteriza contra los moros en las marcas ibéricas». (A. Toynbee: *Estudio de la historia*, Vol II)

Podríamos rastrear en la historia del antiguo reino visigótico como la

Providencia había ido preparando al pueblo hispánico no solo a defender su fe, sino a colaborar con una actitud decidida y entusiasta en la tarea evangelizadora. Cuando en el 589 en el III Concilio de Toledo, Recaredo, como rey de los visigodos, junto con toda su nobleza se convierten al cristianismo, san Leandro pronunció una homilía, que refleja esta actitud esperanzada que anuncia esta tarea evangelizadora en la que España colaborará de forma tan admirable en siglos posteriores.

«Por lo tanto, hermanos, –afirma **san Leandro**– debemos alegrarnos en el Señor con toda la alegría de nuestro corazón y regocijarnos en Dios, nuestra salud. Sírvannos las promesas cumplidas para creer en la verdad de las que esperan cumplimiento; y si vemos hoy realizado lo que dice el Señor: otras ovejas tengo que andan fuera del redil, y conviene que vengan a mí para que haya una grey sola y un solo pastor, no dudemos de que el mundo todo habrá de creer en Cristo, y allegarse a la única Iglesia verdadera; pues con palabras del mismo Señor aprendimos en el Evangelio que el Evangelio de su Reino será predicado en todo el orbe para dar de él testimonio a todas las gentes, y entonces, añade, vendrá el fin de los tiempos. De suerte que, si hay alguna región del mundo, o queda algún pueblo bárbaro para el

cual no haya nacido aún el sol de la fe de Cristo, no hemos de poner en duda que él también habrá de creer, y formar parte de la Iglesia única de Cristo, si tenemos por verdadero lo que el mismo Dios ha dicho».

La conversión de los visigodos es el anuncio de la entrada en la Iglesia de otros pueblos, fruto de la predicación que llegará a los confines del mundo, preparando la consumación de la historia, en que toda la humanidad formará parte de la Iglesia, confesando la misma fe en Cristo Jesús. Esta misma idea, ya no como anuncio, sino como próxima realidad es la que expresa el poeta de la corte de **Carlos V, Hernando de Acuña** contemplando lo que era en aquel momento el Imperio español bajo el reinado de Emperador carolino:

«Al Rey nuestro Señor

Ya se acerca, Señor, o es ya llegada/
la edad gloriosa en que promete
el Cielo/ una grey y un pastor solo
en el suelo,/ por suerte a vuestros
tiempos reservada.

Ya tan alto principio en tal jornada/
os muestra el fin de vuestro santo
celo,/ y anuncia al mundo, para más
consuelo,/ un Monarca, un Imperio
y una Espada».

La tarea evangelizadora estuvo durante siglos íntimamente unida

a la historia de España, fueron los siglos de oro de su historia, y a pesar de todos los avatares, decadencias y olvidos, renace siempre de distintos modos en la sociedad española. Dos ejemplo muy diversos, el primero y más importante es el celo misionero que especialmente en el siglo xx caracterizó la iglesia española. Aún en nuestros días podemos encontrar misioneros españoles en los cinco continentes. El segundo testimonio es literario, me refiero a los últimos versos del poema de *la Atlántida* de **Mn. Cinto Verdaguer** en que expresa poéticamente, como en sueños la reina Isabel percibe la continuidad entre el final de la Reconquista, y el descubrimiento de América, presagio de una nueva etapa esplendorosa de la historia

*Lo sabi ancià, que desde un cim
l'ovira,/
sent extremir lo cor com una lira;/
veu á l'Àngel d'Espanya, hermós y
bell,/*
*que ahí' ab ses ales d' or cubrí á
Granada,/*
*aixamplar-les avuy com l' estelada/
y fer-ne l'ampla terra son mantell./*
*Veu morgonar ab l' espanyol im-
peri/
l'arbre sant de la Creu á altre he-
misferi,/*
y 'l món á la seva ombra refflorir»

* * *

NOTA-. Debido a las numerosas colaboraciones en el presente número sobre la labor de España en América hemos tenido que posponer dos artículos para el siguiente número de noviembre. Uno trata sobre «Las universidades en la América hispánica» y el otro sobre «El arte como expresión del encuentro de culturas en los virreinos americanos», ambos temas importantes para una comprensión adecuada del tema.

La Hispanidad: una Cristiandad «a la española»

Jose Ignacio Orbe hnssc

«La Cristiandad destas Indias» era la expresión que el arzobispo de Lima, santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), utilizaba en sus escritos pastorales. Nos sirve como testimonio de que ya a mitad del siglo XVI se podía considerar que en Hispanoamérica se había constituido una verdadera Cristiandad.

Cristiandad

LA Cristiandad es la sociedad cristiana. Precisemos, no se trata de que haya cristianos en una sociedad. Se trata de que una sociedad se constituye «en cuanto tal sociedad» bajo la influencia y parámetros de la fe y de la gracia. «Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no fielmente vivida, no enteramente pensada», dijo **Juan Pablo II** en su primer viaje a España. La fe, si se vive plenamente, tiende a crear cultura y por tanto llegar a configurar las sociedades en sus instituciones, héroes, ritos, obras etc... Una Cristiandad es una civilización en la que la Verdad y el Bien del que la Iglesia es depositaria y pregonera, penetra hondamente todas las manifestaciones de la vida comunitaria: desde la cuna hasta la tumba, desde la familia hasta el Estado, desde las leyes hasta las artes, en el ocio y en el negocio, en lo solemne y en lo cotidiano... Se puede

hablar con propiedad de Cristiandad cuando todas las expresiones de la vida social están, en sus rasgos fundamentales, inspiradas e iluminadas por la sabiduría celestial y la gracia salvadora recibida de Cristo y que guarda la Iglesia.

Por supuesto, no se trata de que la Iglesia o sus jerarquías usurpen funciones o se entrometan en campos que no son de su incumbencia, se trata más bien, de que el Pueblo de Dios que camina en la historia persiga en cada campo de su vida comunitaria el ideal de la *consecratio mundi*. De modo similar a como la gracia en el orden individual no destruye la naturaleza, sino que la supone, la purifica y la eleva haciendo que cada cristiano llegue a la santidad, **la influencia benéfica de la Iglesia en el orden social no destruye o sustituye las manifestaciones de la vida cultural de los pueblos, sino que, suponiéndolas, las purifica y eleva fructificando en términos de Cristiandad.**



La Cristiandad Occidental y Oriental

Como es natural una época de Cristiandad tiene que ir precedida de un tiempo de intensa evangelización en que la fe sea vitalmente asimilada y transmitida generacionalmente dando un tiempo para crear una tradición y una cultura. La difusión del «cristianismo» es necesariamente previa a la constitución de una Cristiandad. Así ocurrió en los inicios de la historia de la Iglesia: con el tiempo la evangelización apostólica fue ganando el pulso a las persecuciones del Imperio romano. Sólo en el siglo IV se llegaría a legalizar la fe cristiana (Edicto de Milán, 313) y hacia finales del mismo asumirla oficialmente (Edicto de Tesalónica, 380). Para finales del siglo IV, el Imperio romano era ya confesionalmente cristiano: el germen de una Cristiandad.

Sin embargo, la división definitiva del Imperio en Occidental y Oriental llevada a cabo a la muerte de Teodo-

sio en 395 marcó también la evolución de la Cristiandad dando lugar a una suerte de gemelación. En el futuro, la Cristiandad Occidental y Oriental tendrían trayectorias diversas, a veces paralelas y otras veces enfrentadas, dentro de un fondo de unidad común.

En Occidente, la fe cristiana, alrededor de la idea del Imperio romano de Occidente y con el aporte de la sangre y costumbres germanas creó una civilización en la que Dios estaba en la base y la cúspide de todas las relaciones sociales, instituciones políticas o creaciones artísticas. Una civilización que tendría un desarrollo de más de mil años, pasando por periodos de incubación, cohesión, diferenciación y desintegración. En Oriente se desarrolló también durante un milenio lo que Juan Pablo II gustaba referir como el «segundo pulmón» de la Cristiandad: «no se puede respirar como cristianos o, mejor, como católicos, con un solo pulmón; hay que tener dos pulmones, es decir, el oriental y

el occidental». Alrededor del Imperio de Oriente, con sus renacimientos y crisis, se cristianizaron pueblos como Moravia o la Rus de Kiev.

Estas dos Cristiandades, Occidental y Oriental, con sus similitudes y diferencias hunden sus raíces en la Edad Antigua y se configuran y tienen su esplendor a lo largo de los muchos siglos de la Edad Media. De un lado san Benito, del otro los santos Cirilo y Metodio nos recuerdan en su patronazgo sobre Europa las dos vías de la Cristiandad medieval. Su rasgo común más fuerte es la omnipresencia de la doctrina cristiana en todas sus manifestaciones culturales, ambas son un conjunto de pueblos diversos (latinos y griegos, germanos y eslavos) unidos alrededor de la idea del Imperio y fecundados por la fe cristiana.

No obstante, entre sus diferencias, hay que notar que el Imperio de Occidente fue «restaurado» por parte del Papa (en Carlomagno, año 800), lo cual marcaba mejor la primacía del poder espiritual, así como

la distinción y articulación de ambas esferas. La latina fue en general una Cristiandad más homogénea en sus ritos y costumbres. Por su parte, en el Imperio de Oriente, que no había tenido esta cesura, el Emperador siempre estuvo más tentado de cesaropapismo, el hecho de que frecuentemente primaran motivos políticos en el gobierno de estas iglesias hará que haya mayor presencia de herejías y cismas, lo cual, junto a la mayor riqueza y diversidad oriental, propicia que esta Cristiandad se caracterice por una gran pluralidad, a nuestros ojos a veces desconcertante.

Al entrar en la Edad Moderna dos fechas simbólicas nos dan idea del declive de la Cristiandad Oriental y Occidental: por un lado, **la caída de Constantinopla en manos del islam (1453)** hará que ésta se reconfigure alrededor de Rusia, por otro lado, en Occidente **la ruptura religiosa de Lutero (1517)** clavará un germen de continuas divisiones en el futuro. Sin embargo, la fecundidad de la

Iglesia en términos de civilización cristiana no se agota en los límites de la Edad Media. Entrambas fechas hay otro hito histórico: los españoles hicieron uno de los más grandes descubrimientos de la historia de la Humanidad que había de ser también **terreno propicio para una nueva Cristiandad: el Nuevo Mundo (1492)**.

Nueva Cristiandad de Indias

«La Cristiandad destas Indias» era la expresión que el arzobispo de Lima, santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), utilizaba en sus escritos pastorales. Nos sirve como testimonio de que ya a mitad del siglo XVI se podía considerar que en Hispanoamérica se había constituido una verdadera Cristiandad.

El hecho de que fuera España la que descubriera el Nuevo Mundo permitió en varios sentidos esta rápida construcción. Entre todos los pueblos de la Cristiandad Occidental, pocos como en los de la penín-

sula se había mantenido con tanta fuerza el ideal de una sociedad unida bajo la fe cristiana, por el simple hecho de que se pasaron ocho siglos bajo el impulso de **la Reconquista**. Esto marcaría en muchos sentidos su devenir. Así, una vez descubierta América, la Corona española de **Isabel y Fernando** se preocuparon primeramente de que aquellos pueblos pudieran ser evangelizados, sacándolos del infierno pagano en que estaban sometidos. Las grandes gestas de la exploración y conquista llevadas a cabo durante el reinado de **Carlos V** siempre fueron acompañadas de un proceso de «evangelización» con tan buenos resultados que en pocos años prácticamente se podía decir que en América se había creado un nuevo conjunto de pueblos cuyas manifestaciones culturales de todo tipo estaban configuradas por la fe cristiana.

Los padres Zubillaga y Egaña, autores de la *Historia de la Iglesia en América* hacen por ello una división de sus épocas a partir de una analo-

Defensa de la Hispanidad

«A los ojos del español, todo hombre, sea cualquiera su posición social, su saber, su carácter, su nación o su raza, es siempre un hombre; por bajo que se muestre el Rey de la Creación; por alto que se halle una criatura pecadora y débil. No hay pecador que no pueda redimirse, ni justo que no esté al borde del abismo. (...) Este humanismo español es de origen religioso. Es la doctrina del hombre que enseña la Iglesia católica».

«No hay en la historia universal obra comparable a la realizada por España, porque hemos incorporado a la civilización cristiana a todas las razas que estuvieron bajo nuestra influencia»

«La crisis de la Hispanidad es la de sus principios religiosos. Hubo un día en que una parte influyente de los españoles cultos dejó de creer en la necesidad de que los principios en que debía inspirarse su gobierno fuesen al mismo tiempo los de su religión».

Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*

gía. A los años de los Reyes Católicos y Carlos V les llama la Edad Antigua (1492-1556), porque son los años de la difusión del cristianismo necesariamente previos a la constitución de la Cristiandad. A partir del Felipe II y con los Austrias habla de una Edad Media (1556-1700), en el sentido en que en ellos se da la plenitud de la Cristiandad de las Indias. A partir de la llegada de los Borbones quizá hay una cierta decadencia, y claramente empieza el retroceso con las revoluciones liberales, aunque en un grado mucho menor que en Europa.

Que la fe cristiana en Hispanoamérica fue plenamente acogida, vivida y pensada lo demuestra que pronto generara una cultura propia y cristiana en sus diversos aspectos. En lo religioso se dio el mayor impulso misionero desde la época apostólica, numerosos pueblos fueron acogiendo la fe, **las apariciones de la Virgen de Guadalupe (1531)** sería para ello el refrendo sobrenatural. Si el Papado por su parte vivía en estos años las dificultades del Renacimiento, el instrumento jurídico del Patronato permitió que, como una suerte de delegación, la Corona española pudiera proveer a la creación y organización de iglesias en América. Se refleja en este impulso la idea fundamental de que todo hombre tiene un alma inmortal que debe salvar por Cristo.

En lo político ya hemos señalado como a nivel local **la tradición municipalista** de los conquistadores permitió la rápida creación de ciudades en cuyas plazas mayores se situaban las instituciones representativas de su concepción política (la casa del gobernador, la iglesia parroquial, el cabildo). A nivel mayor las tierras descubiertas se organizaron políticamente como virreinos, con similares instituciones y derechos

que los otros reinos de la península. El Rey los gobernaba a través de sus virreyes y del Consejo de Indias. Se ve reflejada en estas instituciones la concepción cristiana del hombre como un ser social por naturaleza y de la sociedad como análoga a un organismo vivo con células y tejidos especializados y jerarquizados, según los principios de subsidiariedad y solidaridad.

A nivel social se dio también un fenómeno del que hablaremos en este número: **el mestizaje**. La Cristiandad de Indias se iba a formar con el aporte étnico de los numerosos pueblos indígenas (quechua, mexicana, aymara, guaraní...) que progresivamente iban cristianizándose y mezclándose con los españoles. La idea de la dignidad personal de cada hombre, pues es criatura de Dios hecho a su imagen y semejanza, propició esta inmensa y mutua «transfusión de sangre» creando los pueblos «hispanos».

También en el Derecho se pudo ver la influencia de las ideas teológicas que fundaron Hispanoamérica. Ahí queda la famosa **controversia de Valladolid (1550)** ¿Cuándo se ha visto que un imperio detenga su expansión y reúna a sus sabios para discutir los derechos de conquistadores y conquistados? Las famosas **Leyes de Indias** serían el mayor reflejo de esta derivada legislativa de la nueva Cristiandad, con ellas se pretendía proteger el derecho de los indígenas, así como organizar el sistema de encomiendas, la organización administrativa etc...

La fe cristiana, por contener una doctrina, un contenido veritativo, necesariamente ha de tener repercusión en el mundo del saber, en lo académico y científico. Así fue en Occidente, y así también en América florecieron la institución por

excelencia del saber: **las universidades**. Incluso los sabios de América participaron a su manera incluso en la llamada «segunda escolástica» desarrollada entre los siglos XVI y XVII.

Otras de las manifestaciones de la cultura que quedaron penetradas de las ideas católicas fueron las bellas artes. **El arte indiano se desarrolla con figuras señeras en arquitectura, literatura, pintura, escultura**. Son técnicas y obras que sirven como punto de encuentro entre las diversas tradiciones previas y generan unas características propias. Se refleja en esta fecundidad la idea de la belleza como reflejo de la esencia divina y camino de encuentro con Dios.

En conclusión, el abrirse en los albores de la modernidad un mundo nuevo descubierto por las naos españolas propició que, tras una o dos generaciones de exploración, conquista y evangelización se creara en las Indias, al menos desde mediados del siglo XVI, una nueva Cristiandad con sus características propias y marcadamente «hispanas». San Juan Pablo II en Zaragoza en 1992 lo explicó así: «el descubrimiento y la evangelización de América, tuvo una enorme trascendencia, para la humanidad y para España. Para ésta constituye una parte esencial de su proyección universalista. Allí se inició una gran comunidad histórica entre naciones de profunda afinidad humana y espiritual, cuyos hijos rezan a Dios en español».

Redescubriendo la Hispanidad

Probablemente el enemigo más fuerte de la Cristiandad Occidental fue su desunión interna a raíz de la ruptura protestante. En el caso de la Cristiandad Oriental resultó más dañina su obstinación en el cisma, así



Padre Zacarías Vizcarra (1879-1963)



Ramiro de Maeztu (1874-1936)

como la agresión musulmana. En el caso de España y sus reinos de ultramar, el factor más desintegrador de la Cristiandad no fue de hecho ni el islam, ni los protestantes. Los españoles de uno y otro hemisferio sintieron una ruptura espiritual a raíz de la difusión de las ideas ilustradas y de las posteriores revoluciones liberales. No entraremos ahora en el proceso de las independencias o en las guerras civiles decimonónicas. Sí que nos interesa resaltar cómo a partir del siglo xx se da un proceso general de redescubrimiento de la hermandad existente entre todas las naciones que comparten una fe, un idioma, una cultura, oscurecido durante años de leyenda negra y confusión identitario.

En 1917, el gobernante argentino **Hipólito Yrigoyen** decretó fiesta nacional el día 12 de octubre, conmemorando el Descubrimiento y con términos muy elogiosos a la Madre Patria. Durante algunos años se celebró popularizándose la expresión del «Día de la Raza». Sin embargo, un sacerdote vasco misionero en la

Argentina, el **padre Zacarías de Vizcarra** escribió en 1926 un pequeño artículo en que proponía cambiar la denominación por «Día de la Hispanidad». Parecía un contrasentido llamar «día de la Raza» a una gesta que estaba caracterizada por el mestizaje, además de su matiz peyorativo para con las demás «razas». Era una

Tras una o dos generaciones de exploración, conquista y evangelización se creará en las Indias, al menos desde mediados del siglo xvi, una nueva Cristiandad con sus características propias y marcadamente «hispanas».

expresión «poco feliz y algo impropia». Por su parte proponía tomar la palabra hispanidad (que ya existía) y darle dos nuevos sentidos:

«Estoy convencido de que no existe palabra que pueda sustituir a

“Hispanidad”... para denominar con un solo vocablo a todos los pueblos de origen hispano y a las cualidades que los distinguen de los demás. Encuentro perfecta analogía entre la palabra “Hispanidad” y otras dos voces que usamos corrientemente: “Humanidad” y “Cristiandad”. Llamamos «Humanidad» al conjunto de todos los hombres, y “humanidad” (con minúscula) a la suma de las cualidades propias del hombre. Así decimos, por ejemplo, que toda la Humanidad mira con horror a los que obran sin humanidad. Asimismo, llamamos “Cristiandad” al conjunto de todos los pueblos cristianos y damos también el nombre de “cristiandad” (con minúscula) a la suma de las cualidades que debe reunir un cristiano. Esto supuesto, nada más fácil que definir las dos acepciones análogas de la palabra “Hispanidad”: significa, en primer lugar, el conjunto de todos los pueblos de cultura y origen hispánico diseminados por Europa, América, África y Oceanía; expresa, en segundo lugar, el conjunto de cualidades

La vocación de América

«Jamás se ha visto, en toda la historia de la Iglesia, una actividad misionera comparable con la que desplegó España en el Nuevo Mundo.

La unidad de miras y la comunidad de acción evangélica entre la Iglesia y el Estado católico hizo posible aquel maravilloso esfuerzo, en tiempos y circunstancias tan difíciles, con tan escasos y lentos medios de comunicación desde la Metrópoli, con ignorancia completa de la geografía, que se estaba entonces construyendo por los mismos exploradores y misioneros, sin conocimiento previo de las lenguas indígenas, sin la experiencia misionera de cuatro siglos, que ahora poseen los nuevos evangelizadores de los infieles».

Zacarías de Vizcarra,
La vocación de América

que distinguen del resto de las naciones del mundo a los pueblos de estirpe y cultura hispánica».

Poco a poco la palabra y la nueva idea que ésta encerraba fue extendiéndose y siendo admitida en círculos cada vez más extensos. Uno de los pensadores que más influyó en esta difusión fue **Ramiro de Maeztu**. Siendo embajador en Buenos Aires

(1928-1930) conoció al padre Zacarías, quedando encantado por sus ideas hispanistas. Durante los años de la II República escribiría en *Acción Española* los artículos que luego se reunirían bajo el título de *Defensa de la Hispanidad*. En ellos explicaba las claves del humanismo español, se contrasta el ideal hispánico con la tríada de libertad, igualdad y fraternidad, se explica el sentido de la obra misionera de España, incluso las claves del éxito del pequeño comercio de los españoles en América, amén de algunas reflexiones sobre el ser hispano y el caballero español.

«Estamos describiendo la quinta esencia de nuestro Siglo de Oro. Podemos ya definirla como nuestra creencia en la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra. De ella nació el impetuoso anhelo de ir a comunicársela. (...) Esta creencia es el tesoro que llevan al mundo los pueblos hispánicos».

En 1933 el episcopado argentino, en un ambiente de fervor católico e hispanista aprobó para el **día 12 de octubre, que se pudiera celebrar misa votiva de la Santa Cruz**, agradeciendo el don de la fe e invocando explícitamente a la Inmaculada y al apóstol Santiago. Con motivo de esta novedad el padre Zacarías escribiría un librito llamado *La vocación de América*, en que iba explicando la relación de América con la fe, la Virgen y el apóstol a la luz de la historia y de las Sagradas Escrituras, concluyendo que la vocación de América, como la de cualquier pueblo cristiano, es vocación a la Cristiandad.

«Ese día, [12 de octubre] en el plano superior de los intereses morales, constituye también el día de la vocación de América a la fe de Cristo y al seno de la Iglesia católica, de la misma suerte que la solemnísimas festividades de la Epifanía (6 de enero) es

el día de la vocación de los gentiles del Viejo Mundo al Reino de Cristo, en la persona de los Reyes Magos. La primera Epifanía del 6 de enero se celebra en la Iglesia con el más solemne de los ritos litúrgicos, prolongado con octava privilegiada. En cambio, de la segunda Epifanía del 12 de octubre, en que fue llamada al Reino de Cristo la gentilidad de la mitad desconocida del mundo, no se hacía la menor conmemoración litúrgica».

En 1934, se celebró el **Congreso Eucarístico internacional en Buenos Aires**. En ese contexto el cardenal **Isidro Gomá**, primado de España, dio un largo discurso luego publicado como *Apología de la Hispanidad*: en él se describía a América como una obra de España, mediante una fusión de sangre, de lengua y de ideal:

«el ideal personal del hombre libre, que no se ha hecho para ser sacrificado ante ningún hombre ni siquiera ante ningún dios, sino que se vale de su libertad para hacer de sí mismo un dios, por la imitación del Hombre-Dios. Y el ideal social, que consiste en armonizarlo todo alrededor de Dios, el «*Super omnia Deus*», para producir en el mundo el orden y el bienestar y ayudar al hombre a la conquista de Dios. Esto es la suma de la civilización, y esto es lo que hizo España en estas Indias».

Otro gran pensador iba a saltar a la palestra desde Argentina. En 1937 **Manuel García Morente**, que poco antes había experimentado el «hecho extraordinario» de su conversión a la fe durante su exilio en París, pronunciaba en Buenos Aires dos conferencias sobre el tema de la Hispanidad: *España como estilo* y *El caballero cristiano*. Más tarde serían recogidas en un libro publicado bajo el nombre de *Idea de la Hispanidad* (1938).

«Tradición es, en realidad, la transmisión del “estilo” nacional de

una generación a otra. No es, pues, la perpetuación del pasado; no significa la repetición de los mismos actos en quietud durmiente; no consiste en seguir haciendo o en volver a hacer las mismas cosas. La tradición, como transmisión del estilo nacional, consiste en hacer todas las cosas nuevas que sean necesarias, convenientes y útiles, pero en el viejo, en el secular estilo de la nación, de la Hispanidad eterna. El tradicionalismo (...) consiste en que todo el progreso nacional haya de llevar a cada uno de sus momentos y elementos el cuño y estilo que definen la esencia de la nacionalidad».

Y a la hora de describir esta tradición o estilo propio de la Hispanidad no encuentra mejor símbolo que el tipo ideal del caballero cristiano que describe profusamente: paladín defensor de una causa, grandeza contra mezquindad, arrojo contra timidez, altivez contra servilismo, más pálpito que cálculo, personalidad fuerte, culto al honor, la vida como preparación a la muerte, la prevalencia de lo privado sobre lo público, y una religiosidad caracterizada

por una «impaciencia de eternidad». Años más tarde, siendo ya sacerdote, vuelto a su cátedra en Madrid, impartiría discurso inaugural de curso publicado como *Ideas para una filosofía de la historia de España* (1942-43), en que profundizó en la misma línea, dándonos un esquema de la historia de nuestro país desde el ángulo de la Hispanidad.

«La idea religiosa constituye el hilo, en que los hechos históricos españoles se ensartan, para dibujar en el tiempo una trayectoria continua e inteligible, la trayectoria de una vida personal que, siendo cada día distinta, es, sin embargo, siempre la misma. En su primer período –en el período de preparación– fráguese la substancia de la Hispanidad; y se fragua justamente fundiendo los elementos naturales preexistentes –los dados por Roma y los legados por la población indígena– en el crisol purísimo de la fe cristiana. En el segundo período, la substancia de la Hispanidad se constituye, se afirma, se consolida y se revela a sí misma durante la lucha multiseccular con el infiel. España como nación se re-

conoce consubstancializada con la idea de la unidad católica. Durante el tercer período, de esplendorosa expansión universal, España aspira a organizar en el mundo la Cristiandad, la humanidad cristiana, y a establecer sobre la tierra el reinado –no de su propia raza española– sino de Cristo salvador. Por último, en el cuarto período, España se retira de la escena política europea; precisamente por el afán de no contaminar la pureza de su espiritualidad religiosa con la apostasía del pensamiento llamado libre».

Tras estos cuatro jinetes –Vizcarrá, Maeztu, Gomá y García Morente– vendrán una pléyade de autores, españoles y americanos que aún hoy siguen redescubriendo los lazos y vínculos que nos unen a todos los países de la Hispanidad. En este proceso hemos siempre de recordar a aquellos pioneros «redescubridores» que supieron reconocer en la Hispanidad una concreción histórica (que esperamos no será la última) del ideal de Cristiandad que la Iglesia lleva consigo en su peregrinar sobre la tierra.

La Hispanidad, una unidad espiritual

«El factor esencial de la unidad hispanoamericana: el espiritualismo español, este profundo espíritu católico que, porque es católico, puede ser universal, pero que, matizado por el temperamento y la historia, por el cielo y el suelo, por el genio de la ciencia y del arte, constituye un hecho diferencial dentro de la unidad de la catolicidad, y que se ha transfundido a veinte naciones de América».

«Y siempre quedará, en el fondo de nuestra patria, el primer factor de hispanidad, que si ha podido ser el alma política de Castilla, acrecida en su fuerza por el alma de todas las regiones que han colaborado con ella, pero en lo más sustantivo es este espíritu católico, más amplio y más profundo que toda forma política, que ha unificado en forma específica nuestra vida social y que será el molde perdurable de la hispanidad».

I. Gomá, primado de España, *Apología de la Hispanidad*, 12 de octubre de 1934

¿Paraíso indígena o infierno pagano?

Isaac Rodrigo Larrea

1492 fue el año de la llegada de Cristo a América. Con Él, la idolatría y todos los males que de ella derivaban vieron su muerte. La división tribal dio paso a la unidad de los indios en el seno de la Iglesia, el canibalismo fue combatido por la dignificación del ser humano, el matrimonio hizo que hombres y mujeres se unieran y formaran una sola carne y los sacrificios humanos fueron sustituidos por el único sacrificio vivo y verdadero.

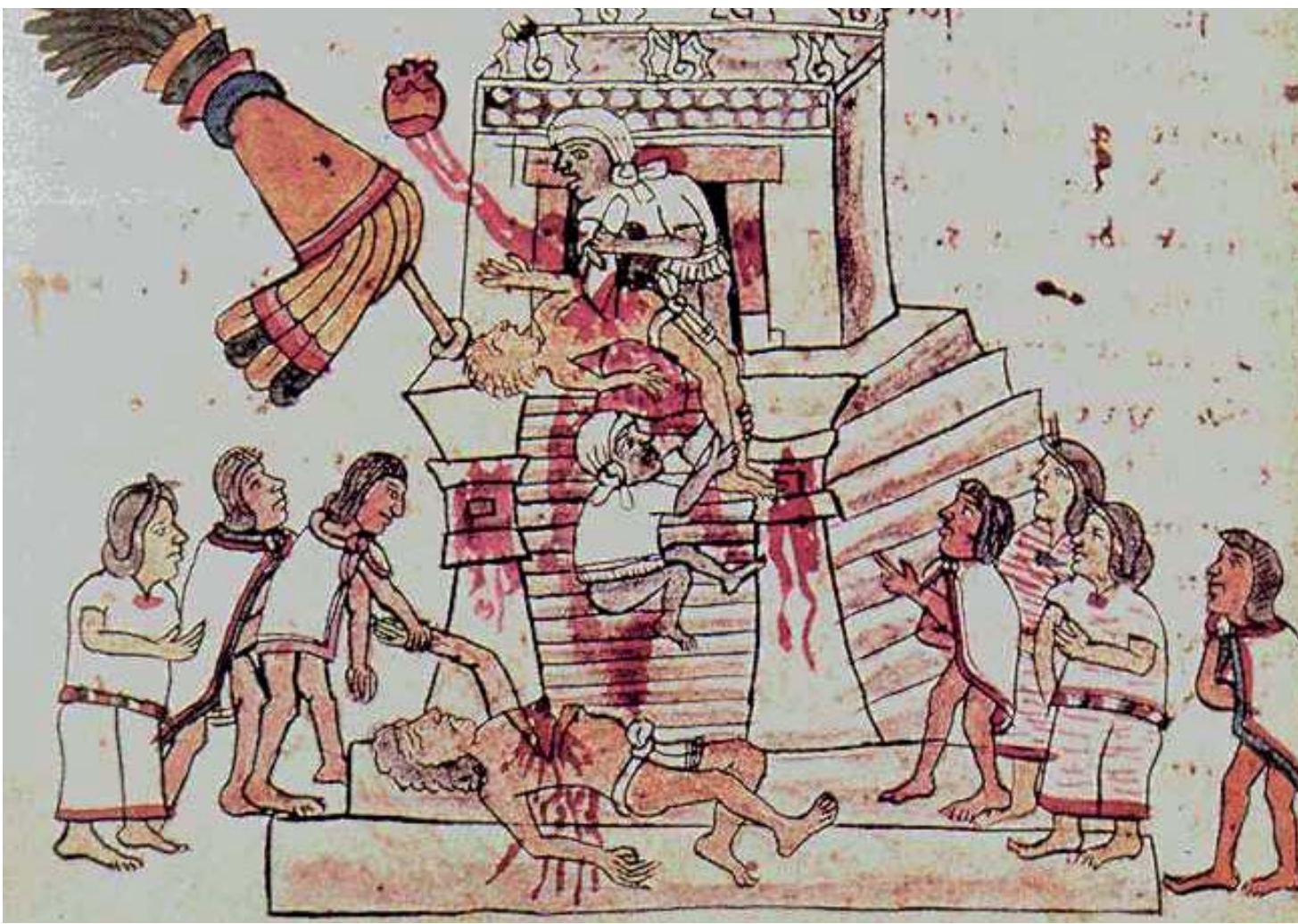
CIENTO veinte años fue el tiempo que costó levantar la actual basílica de San Pedro del Vaticano. No está mal para el edificio que alberga la sede pontificia. Sin embargo, no DEJA de sorprender el hecho de que, en tan solo la mitad de tiempo, un reino que recientemente acababa de recuperar la totalidad de sus dominios venciendo al último reducto musulmán de la Península, incorporase a su Corona todo un nuevo mundo. «¿Por qué un inmenso continente fue conquistado en tan breve tiempo?», se pregunta el padre Antonio Pérez-Mosso en sus *Apuntes de historia de la Iglesia*. Responde diciendo: «solo en pequeña parte es atribuible a la superior tecnología europea. Las armas no eran tan desemejantes». Entonces, ¿cómo es posible que Cortés o Pizarro y sus escasos soldados derrotaran a todo un imperio como el azteca o el inca? La respuesta es sencilla: porque no estaban solos, contaban con la ayuda activa de una gran parte de los propios nativos,

aquellos que durante tiempo habían estado sometidos a la opresión idolátrica azteca o al totalitarismo quechua. «La conquista la hicieron los indios», dice Marcelo Gullo parafraseando al mexicano José Vasconcelos, y es que, frente a lo que la leyenda negra ha difundido acerca de la conquista, las Indias no eran la tierra que mana leche y miel y no conoce el ocaso. Al contrario, vivían en tinieblas y una Luz grande vino a ellos.

Paraíso indígena

Ante todo, no debemos olvidar que los indios que habitaban América a finales del siglo xv no eran cavernícolas. Existía en estas sociedades precolombinas una realidad material y espiritual que sorprendió positivamente incluso a los propios españoles.

Los aztecas tejieron importantes redes de caminos, puentes y acueductos, practicaban el comercio en pequeños mercados y cultivaban



Sacrificios humanos mostrados en el Códice Magliabechiano.

empleando el sistema de terrazas. Además, eran grandes astrónomos y por la observación de los astros llegaron a crear un calendario de una gran exactitud. A su vez, los mayas levantaron formidables edificaciones como el templo de Kukulcán, construido sin recursos tan básicos como la polea. Y los incas se caracterizaron por desarrollar un práctico sistema de correo. Este se basaba en la colocación de puestos de relevo o *tambos* cada pocos kilómetros en los que vivían dos *chaskis*. Así, los documentos o mercancías podían viajar rápidamente por el imperio a unos diez kilómetros por hora.

En cuanto a la educación, a los niños se les enseñaban disciplinadamente virtudes como la castidad o la cortesía. También adquirían conocimientos de oratoria, con los que narrar grandes leyendas de tradición oral, y de higiene personal. Se les educaba en la religiosidad y veneración a las divinidades, llevaban

a cabo prácticas de confesión de las propias culpas, mortificación y ayuno y eran verdaderamente austeros, hasta el punto de que el franciscano Motolinía decía que «su vida se contenta con muy poco».

Además, en *Los hechos de los apóstoles de América*, el padre José María Iraburu muestra los «valores espirituales indios» que tanto fascinaron a los españoles: «el trabajo y la paciencia, la abnegación familiar y el amor a los mayores y a los hijos, la capacidad de silencio contemplativo, el sentido de la gratuidad y de la fiesta».

Y lo más impresionante es que, con la llegada de los españoles, todo lo bueno que gozaba la América precolombina se vio mejorado: la agricultura produjo mayores frutos por la introducción de herramientas como el arado, las construcciones indias se vieron enaltecidas gracias al arco de medio punto y las cubiertas abovedadas, las comunicaciones

y el transporte se agilizaron por medio de la rueda, la educación alcanzó en muy poco tiempo niveles insospechados por la llegada de los libros, la imprenta y las universidades y los «valores indios» fueron elevados gracias al cristianismo.

Infierno pagano

No obstante, a pesar de todo lo bueno que había y que, sin duda, sorprendió gratamente a los españoles, no debemos olvidar que en la América precolombina existía una realidad nefasta que causó, al menos, la misma sorpresa: la idolatría. De ella derivaban numerosos males que, durante tiempo, gran parte de los nativos padecieron.

Los dioses a los que los indios adoraban precisaban de sacrificios humanos para obrar su «providencia» y estos no eran un hecho aislado que ocurría cada solsticio de invierno, sino que eran un acontecimiento

diario. En concreto, dentro del culto azteca, el sacrificio era fundamental para la supervivencia tanto de la humanidad como de la deidad. Así lo explica Marcelo Gullo, autor de *Madre patria*, afirmando que «si los hombres no han podido existir sin la creación de los dioses, estos a su vez necesitan que el hombre los mantenga con su propio sacrificio y les proporcione como alimento la sustancia mágica, la vida que se encuentra en la sangre y el corazón humanos».

Los sacrificios aztecas eran de lo más horribles: los condenados, arrastrados de los pelos por sus verdugos, subían las altas pirámides bañadas por la sangre de aquellos que antes habían corrido su misma suerte. Una vez arriba, si no se los desollaba, se les aplicaba directamente el castigo: decapitación, golpe mortal en la cabeza o la «cardiectomía» —extirpación y ofrenda a los dioses del corazón aún palpitante—. La escena era todavía más espantosa si se sacrificaban niños, pues «si lloraban y echaban lágrimas, más alegrábanse los que los llevaban porque tomaban pronóstico que habían de tener muchas aguas en aquel año», cuenta Gullo citando a Zorrilla de San Martín. Entre todos, hay que destacar los sacrificios llevados a cabo en 1487 para celebrar la finalización de la construcción del templo de Tenochtitlán. Solo en los cuatro días de festejos perecieron más de veinte mil personas. Por su parte, los incas, si bien es cierto que no eran tan sanguinarios, igualaban a los aztecas en crueldad. Sus sacrificios humanos eran especialmente de niños. Estos perecían estrangulados, enterrados vivos o incluso atados y fulminados por un rayo en lo alto de una montaña.

Al servicio de la muerte

Los sacrificios humanos no eran el único mal que los indios vivían, sino que entorno a él existían otros «males satélite» que estaban a su servicio.

El territorio precolombino estaba internamente fragmentado por numerosas guerras civiles. El caso de los incas es paradigmático, pues dentro del imperio se dieron numerosas rebeliones contra el poder totalitario quechua. Aimaras, chachapoyas, punaños o cayambis fueron solo algunos de los protagonistas de las grandes rebeliones contra el imperio inca. Y es que la expansión territorial de imperios como el inca o, sobre todo, el azteca tenía como fin conseguir víctimas humanas para sus holocaustos. Así, por medio de la guerra, los grandes imperios conseguían prisioneros-ofrendas.

Otro de los más sorprendentes descubrimientos para los españoles fue que los indios practicaban la antropofagia. Escribe el padre Iraburu, citando a Salvador de Madariaga, que el canibalismo en las Indias estaba «unas veces limitado a ceremonias religiosas, otras veces revestido de religión para cubrir usos más amplios, y otras franco y abierto, sin relación necesaria con sacrificio alguno a los dioses». Tanto dentro como fuera del ámbito religioso, la abominación era terrible. Gullo describe cómo los aztecas asesinaban y comían diariamente a un gran número de hombres, mujeres y niños procedentes de los pueblos esclavizados y explica que, dentro del culto azteca, el propio banquete de las víctimas estaba reglado: el muslo derecho correspondía al emperador. A su vez, fray Bernardino de Sahagún, contemporáneo de los conquistadores, se sorprendía de hasta dónde podía llegar la crueldad: «es cosa lamentable y horrible ver que nuestra

humana naturaleza haya venido a tanta bajeza y oprobio que los padres, por sugestión del demonio, maten y coman a sus hijos, sin pensar que en ello hacían ofensa alguna, mas antes con pensar que en ello hacían gran servicio a sus dioses».

Por último, la falta de una antropología que reconozca en el ser humano su verdadera dignidad hacía que a muchos indios se los tratase como a objetos. Lo hemos visto en los prisioneros, pero era igual de patente en el caso de las mujeres. Unas veces eran tratadas como bienes del Estado, siendo este el que las distribuía entre los hombres del imperio, y otras veces pertenecían a grandes reservas femeninas de personajes ilustres como Moctezuma.

Conclusión

Se dice que los indios, al ver las naves españolas, creyeron que se encontraban ante el retorno de los dioses. Y se dice bien: el único Dios verdadero viene a América por medio de sus ministros, está presente en su Esposa, la Iglesia, y se queda con ellos hasta el fin de los tiempos en la Eucaristía. 1492 fue el año de la llegada de Cristo a América. Con Él, la idolatría y todos los males que de ella derivaban vieron su muerte. La división tribal dio paso a la unidad de los indios en el seno de la Iglesia, el canibalismo fue combatido por la dignificación del ser humano, el matrimonio hizo que hombres y mujeres se unieran y formaran una sola carne y los sacrificios humanos fueron sustituidos por el único sacrificio vivo y verdadero. Por eso, la llegada de los españoles a América, lejos de ser el infierno que nos han contado, fue el resonar de una frase: ¡indios! «Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación» (Lc 21, 28).

¿Virreinos o colonias? Dos modelos imperiales

Miguel Ganuza Canals

El estilo imperial de España siguió un modelo virreinal fuertemente marcado por la tradición histórica de los siglos anteriores. España se trasplantó al Nuevo Mundo con la idea de fundar otra España. Como aquella tierra estaba habitada por pueblos cuya singularidad reconoció desde el principio la legislación española, el resultado del trasplante no fue un calco de la metrópoli, sino una realidad nueva que pronto adquirió sus propios rasgos singulares.

¿Virreinos o colonias? Dos modelos imperiales

LA divina Providencia quiso que fuera España el pueblo que conquistara y evangelizara la mayor parte de América y otras regiones del mundo como las Filipinas. La corona española impulsó, gracias a la fortaleza y valentía de un pueblo con una tradición multi-secular de defensa de la fe católica, la mayor expansión misionera de la Iglesia desde la época de los Apóstoles.

En poco más de cincuenta años desde la llegada de Colón al Nuevo Mundo, España descubrió, exploró, conquistó y en buena parte pobló un territorio veinte veces mayor que la península Ibérica. En este período, un país que en aquel entonces tenía alrededor de 7 millones de habitantes, que además libraba una guerra en Europa, derrotó a dos imperios en América y creó el más longevo

de los imperios ultramarinos manteniéndolo durante casi tres siglos frente al permanente acoso de Francia e Inglaterra.¹

Este proceso excepcional en la historia de las colonizaciones estuvo claramente marcado por un espíritu de cruzada que supuso que uno de los principales objetivos de los conquistadores y pobladores fuera la evangelización de aquellos pueblos que no conocían a Cristo. Por ese motivo, en la historia de la conquista de las Indias encontramos hechos que no sucedieron en colonizaciones realizadas por otros países; como el mestizaje, la protección legal de los indígenas, la prohibición de la esclavitud o la rápida multiplicación de catedrales, universidades y hospitales a lo largo de todo el territorio conquistado.

¹ J.J. ESPARZA, *La Cruzada del océano*, La esfera de los libros, (Madrid, 2015) 15.



Palacio municipal de Lima

El modelo virreinal del Imperio español

El estilo imperial de España siguió un modelo virreinal fuertemente marcado por la tradición histórica de los siglos anteriores. España se trasplantó al nuevo mundo con la idea de fundar otra España. Como aquella tierra estaba habitada por pueblos cuya singularidad reconoció desde el principio la legislación española, el resultado del trasplante no fue un calco de la metrópoli, sino una realidad nueva que pronto adquirió sus propios rasgos singulares.²

Lo que España creó a través de sus virreinos fue un verdadero imperio, diferente del colonialismo llevado a cabo por otros pueblos. Tal y como explica la escritora Elvira Roca Barea: «El imperio es expansión incluyente que genera cons-

trucción y estabilidad a través de mestizaje cultural y de sangres. Con lo dicho, el colonialismo no tiene en común más que el movimiento de expansión inicial. No produjo ni mestizaje ni estabilidad. Es excluyente y basa su estructura en una diferencia radical entre colonia y metrópoli. Roma replica a Roma, como España replica a España... pero ni el colonialismo inglés ni el francés hicieron florecer otras Francias y otras Inglaterra». ³

Por lo tanto, lo que diferencia a la acción imperial de la colonialista es que, en el primer caso, una vez efectuada la conquista, el territorio y el pueblo conquistado no son considerados un botín. En el segundo caso, efectuada la conquista, el territorio y el pueblo conquistados serán siempre considerados un botín. La acción imperial produce mestizaje

de sangre y de cultura; la acción colonialista segregación y/o exterminio.⁴

En este sentido, la historia demuestra que los métodos colonizadores españoles de los siglos XVI-XVIII fueron distintos de las empresas colonizadoras europeas realizadas en los siglos XIX-XX, fuertemente marcadas por el imperialismo económico y la revolución industrial de la época. La misma colonización inglesa en América, cercana en el tiempo a la española, es diferente. Así aprecia las diferencias el historiador chileno Enrique Zorrilla: «Los objetivos propios de la Reforma y el sentido práctico de los ingleses contribuirán a diferenciar sustancialmente la actitud del clero puritano de la acción fervorosa de los frailes españoles y portugueses. La empresa espiritual hispana gira

2 J.J. ESPARZA, *Ibid*, p. 590.

3 E. ROCA BAREA, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Ed. Siruela (Madrid 2022,) 492.

4 M. GULLO, *Madre Patria*, Ed. Planeta (Barcelona, 2021) 78.

alrededor de la conversión, evangelización, y aculturación del indio, mientras el rígido idealismo intransigente de las sectas anglosajonas se desentende del aborigen, atento a mantener la pureza de costumbres de los colonos blancos.

Ambas civilizaciones anhelan crear una nueva sociedad, pero mientras los anglosajones buscan y logran crear esa sociedad excluyente, segregando primero al indio y después al negro de la comunidad anglosajona, el hispano se fusiona de cuerpo y alma con las masas amerindias y africanas para integrarlas al seno de una nueva sociedad mestiza occidentalizada».⁵

De esta manera, los españoles implantaron un modelo de dominio que iba mucho más allá de la explotación colonial y la construcción de factorías. El estatuto jurídico del Nuevo Mundo fue el de la unión real con la Corona de Castilla. Los nuevos territorios no pertenecían a Castilla, sino que estaban unidos a ella a través de la persona del rey y de los órganos gubernamentales que comparten. Por lo tanto, jurídicamente hablando, el Nuevo Mundo nunca fue una colonia de España y sus habitantes indígenas fueron tan súbditos de la Corona como lo eran los españoles peninsulares. El modelo básico del Imperio español no fue lo que nosotros llamamos «colonial», sino el de reinos de ultramar oficialmente equiparados en su categoría y dependencia de la Corona.⁶

El uso de la palabra «colonia» utilizado en relación a otros países europeos implica estatutos jurídicos

5 E. ZORRILLA, *Gestación de Latinoamérica*, Ed. Nuestramérica (Santiago de Chile, 1982) 87s.

6 E. ROCA BAREA, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Ed. Siruela (Madrid, 2022) 320.

diferenciados con respecto al país europeo y la conciencia de ser dos realidades por completo distintas. Ese expansionismo se basa en la diferencia entre colonia y metrópoli y es totalmente diferente del español que, al ser imperial, avanza replicándose a sí mismo e integrando territorios y poblaciones.⁷

La tradición de los Austrias de gobernar de manera descentralizada territorios muy diversos, respetando los usos y leyes de cada lugar, facilitó la organización posterior a la conquista. Esto permitió que las Indias fueran incorporadas a la Corona de Castilla como verdaderos reinos, con derecho, instituciones y gobierno propio.

Los nuevos territorios fueron incorporados y organizados en forma de virreinos. El primero, fue el de **Nueva España** que, fundado en 1535, abarcaba las Antillas, México y la América Central excepto Panamá, parte de los actuales Estados Unidos y después las Filipinas. En 1542 se creó el **virreinato del Perú**, que comprendía el subcontinente suramericano excepto la franja portuguesa más Panamá. En 1717 **surgió el virreinato de Nueva Granada** que incluía todo el territorio de las actuales Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. Finalmente, hubo un cuarto virreinato en América, **el del Río de la Plata, creado en 1777**, que separó del virreinato peruano territorios de las actuales Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay.⁸

La estructura política en los nuevos territorios se parecía mucho a la empleada en tiempos de la Reconquista, que se concretaba en instituciones como el cabildo, el muni-

7 E. ROCA BAREA, *Ibid.*, p. 321.

8 J.J. ESPARZA, *Op.cit.*, 590s

cipio, la audiencia, la gobernación o el virreinato. El virrey respondía únicamente ante el rey y hacía las veces de éste en el territorio de su competencia. No era una figura nueva, ya que en la monarquía hispánica había virreyes en muchos lugares como Nápoles, Navarra, Cerdeña o Cataluña. Los virreyes tenían atribuciones amplísimas en sus territorios, pero siempre debían dar cuenta al Consejo de Indias, que dependía directamente de la corona.

El modelo virreinal funcionó bien durante tres siglos; resultado patente de su buen funcionamiento fue la gran cantidad de universidades y hospitales fundados a lo largo de todo el territorio.

España se preocupó de que la mejor educación en América fuera impartida a los indios y a los mestizos y no fueron pocas las universidades que vieron la luz ya en los primeros años de funcionamiento de los virreinos.

Como referencia comparativa con otras colonias posteriores, sería necesario sumar la totalidad de las universidades creadas por Bélgica, Inglaterra, Alemania e Italia en la expansión colonial de los siglos XIX y XX para acercarse a la cifra de las universidades hispanoamericanas durante la época imperial.⁹

Asimismo, si hay algo que demuestra que América nunca fue vista como un botín para los españoles, es la decisión de sembrarla de hospitales y de desarrollar una política de protección social que abarcara a todas las razas y condiciones sociales.

El primer hospital en América lo abre Nicolás de Ovando en 1503 siguiendo instrucciones de los Reyes Católicos: «Haga en las poblaciones

9 E. ROCA BAREA, *Op. Cit.*, p. 330.

donde vea que fuere necesario casa para hospitales en que se acojan y curen así de los cristianos como de los indios». Entre 1500 y 1550 se levantan en las Indias cerca de veinticinco hospitales grandes y un número mucho mayor de hospitales pequeños, muchos de las cuales siguen en pie y son patrimonio protegido. En el periodo imperial, era raro encontrar población de más de quinientos habitantes que no tuvieran su propio establecimiento hospitalario. Llama especialmente la atención el caso de Lima que por aquella época disponía de un sistema de protección social de referencia mundial con una cama por cada 101 habitantes.¹⁰

El espíritu de cruzada del pueblo español

Como indicábamos al inicio del artículo, quiso la divina Providencia que fuera España quien conquistara y evangelizara la mayor parte del continente americano y las Indias. No por casualidad el mismo año que se descubrió el nuevo continente fue en el que se llevó a término la Reconquista que durante ocho siglos marcó profundamente el carácter español.

Sorprende en gran medida a quienes se acercan a estudiar este periodo de la historia la rapidez con la que una pequeña minoría de soldados, colonos y frailes conquistaron, colonizaron y cristianizaron el continente americano. El historiador Claudio Sánchez Albornoz explica la clave de este hecho extraordinario refiriéndose a la singular historia medieval de España: «No, no fueron casuales ni el descubrimiento ni la conquista ni la colonización

de América. (...) Es muy dudoso que otro pueblo con otra histórica tradición que el castellano a fines del siglo XV hubiese secundado esa empresa. (...) Difícilmente otro pueblo hubiese arriesgado las sumas que la aventuradísima empresa requería. Solo un pueblo sacudido por un desorbitado dinamismo aventurero tras siglos de batallas y de empresas arriesgadas y con una hipersensibilidad religiosa extrema podía acometer la aventura.

«A través de ocho siglos, toda la historia de la monarquía castellana es también un tejido de conquistas, de fundaciones de ciudades, de reorganización de las nuevas provincias ganadas, de expansión de la Iglesia: el trasplante de una raza, una lengua, una fe y una civilización. Al comenzar la Edad Moderna, cualquier pueblo europeo hubiera tenido que improvisar una política de expansión y de colonización, si hubiese descubierto América; cualquiera menos el pueblo castellano, rico en experiencia en empresas conquistadoras y colonizadoras.»¹¹

En efecto, la empresa de la Reconquista, unitaria en cuanto al objetivo fundamental, fue una gesta eminentemente popular en la que el pueblo hizo suya la causa de ganar tierras al moro y suyo fue el principal protagonismo en el avance cristiano y en la consiguiente organización social y política. Sin este amplio protagonismo y experiencia política populares difícilmente se entiende como aquella minoría de hispanos, lejanísimos de la metrópoli, en un mundo nuevo en el que constantemente era necesario adaptar e improvisar, fueron capaces en pocas décadas de

conquistar, organizar y asimilar un inmenso continente.¹²

Asimismo, el hondo espíritu religioso de los siglos de Reconquista marcaron profundamente el modo en el que se llevó a cabo la posterior conquista y evangelización. Tal y como explica Antonio Pérez-Mosso Nenninger: «En continuidad con la tradición multisecular de la Reconquista de avanzar, predicar, bautizar en masa, levantar iglesias y, en definitiva, ganar almas a Cristo, debe situarse la rápida evangelización de América. A ello debe unirse el mestizaje sin trabas del reconquistador ibérico y el conquistador americano.

Solo desde esta perspectiva –la que contempla la inmensa transfusión de sangre, fe y cultura– puede explicarse lo que se reconoce como fenómeno único en la historia de las misiones de la Iglesia: la total conversión de los pueblos misionados. Ni en África, ni en Asia –a excepción de Filipinas–, se ha conocido algo similar. Hubo violencia, mucha violencia, codicia y rapiña, como en toda conquista, pero ello, no es “toda” la historia ni la más significativa, la que alcanza a explicar el por qué de la profunda y arraigada religiosidad de los pueblos de la América actual. (...) Ninguna otra evangelización misionera emprendida por las naciones cristianas de Europa logró asimilar la totalidad de los pueblos misionados y construir una verdadera nueva Cristiandad.»¹³

12 Cf. GABRIEL GUARDA, *Los laicos en la cristianización de América, siglo xv-xix*, Ed. Universidad católica de Chile (Santiago 1973) citado en A. PÉREZ-MOSSO, *Apuntes de historia de la Iglesia*, Vol. 3, Ed. Ulzama, (Pamplona, 2018) 161.

13 Ibid, p. 159.

11 C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *La Edad Media española y la empresa de América*, Cultura Hispánica (Madrid, 1983).

10 Ibid, p. 327.

La conciencia católica durante la conquista de América: La Controversia de Valladolid

Balbina García de Polavieja

El verdadero tema en cuestión, conocido por todos los miembros de la junta de Valladolid, era si los españoles debían seguir conquistando y evangelizando a los indios y de qué manera.

UNO de los episodios más sorprendentes de la historia de la empresa de América es la **Controversia de Valladolid**, el debate sobre las conquistas españolas en América, organizado en esta villa entre 1550 y 1551. La orden provenía de Carlos V, quien, el 16 de abril de 1550 había ordenado la suspensión de todas las conquistas en el Nuevo Mundo, hasta que se aclarase «la manera como se hicieren estas conquistas, para que justamente y con seguridad de conciencia se hicieren».

La preocupación por el modo de hacerse las conquistas estuvo presente desde el principio. Al poco de morir Isabel la Católica, el sermón de **fray Antonio de Montesinos** en el advenimiento de 1511, en presencia del gobernador Diego Colón y de otros funcionarios reales criticaba las acciones injustas de algunos conquistadores. «Debéis saber que manteniendo oprimidos y fatigados a estos indios

no podréis alcanzar la salvación de vuestra alma, ni nosotros podremos absolveros en confesión más que a los criminales que asaltan y matan por los caminos», fue la amenaza que llegó a salir de sus labios.

En 1512, el rey-regente **Fernando el Católico** tomó el asunto en sus propias manos y recibió personalmente a Montesinos. Como resultado de la entrevista, el rey convocó una junta especial a la que encargó proponerle las medidas necesarias, que se concretaron en las **leyes de Burgos de 1513**, las cuales trataban de garantizar que el sistema de la encomienda, creado por Isabel la Católica para asignar a un «español bueno» un grupo de nativos, cumpliera realmente su función de protección y evangelización.

El rey también quiso que los dominicos, principales portavoces de la defensa de los indios, encabezaran la reforma de las encomiendas



Retrato de Carlos V sentado atribuido a Lambert Sustris y a Tiziano (c. 1548)

para ajustarlas a sus reivindicaciones, pero durante muchos años fue imposible encontrar un fraile que estuviera dispuesto a ejercer esa tarea en nombre del rey, ya que eran incapaces de trasladar sus exigencias a la realidad política. El rey, mientras tanto, continuó su labor legislativa, promulgando las Leyes de Valladolid, que reforzaban la protección de las mujeres indígenas casadas, las jóvenes indias, los niños indios y los trabajadores indios de las minas. Como legislación laboral, las Leyes de Valladolid se adelantaban trescientos años a las que se promulgarán en Europa en el siglo XIX.

Más adelante, esta preocupación tuvo nuevos portavoces. Destaca la figura de **Vasco de Quiroga**, laico promocionado directamente a obispo por el Consejo de Indias, que mostró con su trabajo el camino a seguir para buscar el bien de los indios de una forma práctica y aplicable a las circunstancias reales. Fundó hospitales-ciudades en los que se atendía a los niños abandonados, los enfermos, los pobres... No creía que fuera suficiente con bautizar a los indios y dejarlos dispersos, abandonados a sus propios medios. Hacía falta una educación y un trabajo humano para

que la fe pudiera calar e impregnar la realidad de los indios, trabajo para el que se hacía necesaria la presencia de los españoles a través de la institución de la encomienda.

Por otra parte, la corriente crítica continuó protagonizando episodios como la petición al papa Paulo III en 1537, a espaldas de la Corona, de intervenir en los asuntos de América unilateralmente a través de un breve, el *Pastorale officium* y una bula, *Sublimis Deus*, en las que contradecía la soberanía y la vicaría apostólica sobre América que sus predecesores, desde Alejandro VI hasta Adriano VI, habían concedido y confirmado a los reyes de España, con lo que ello conllevaba de desautorización de la obra de los españoles en América. Ambos documentos fueron revocados un año después, al hacerse cargo el Pontífice del terremoto que habían suscitado.

La cuestión seguía estudiándose en España: en 1539, **Francisco de Vitoria** expuso las famosas lecciones *De Indis* en las que se fundamentarán no sólo los justos títulos de la conquista de América, sino también las bases de todo el derecho internacional. Vitoria considera que la **donación pontificia hecha por el Papa a los reyes**

de España no es suficiente motivo para su legitimidad, ya que el poder temporal del Papa se limita a los Estados pontificios, y no tiene otro poder temporal fuera de ellos como para otorgarlo a nadie. Por otra parte, defiende que **no es lícito de ninguna manera hacer la guerra a los indios para convertirlos al cristianismo**, ya que el acto de fe debe ser libre, y dado que el poder temporal de los pueblos es una cuestión de orden natural, no se puede usurpar ese poder con la excusa de convertirlos.

Frente a estos argumentos en contra de la conquista, el dominico expone los **títulos legítimos**, que darían fuerza al hecho de que el emperador continúe manteniendo la presencia de los españoles en América. Entre los argumentos positivos, Vitoria defiende el **derecho universal de comerciar y explotar las riquezas justamente**, que se enunciará más tarde como principio de la libertad de los mares, uno de los principios del derecho internacional. También afirma que los españoles tienen **derecho a predicar el Evangelio** a los indios, siguiendo el mandato de Cristo. No de deponer a los príncipes idólatras, sino de garantizar que, a pesar de ellos, se pueda anunciar el Evangelio

a todos, y si fuera necesario, para ello podría ser lícita la guerra.

Además, refuerza la legitimidad de la guerra contra los indios con el **derecho de los españoles a proteger a los conversos, y para defender a los inocentes amenazados de muerte injusta**, como las víctimas de sacrificios humanos, lo que hoy llamaríamos **represión de crímenes contra la humanidad**. Por último, contempla la posibilidad de que la soberanía española pueda establecerse sobre las Indias a partir de una **elección voluntaria de los indios o de alianzas basadas en la amistad de los indios con los españoles**, como de hecho ocurrió en la conquista de México con los tlaxaltecas o en el Perú con los huancas.

El hecho de que Vitoria negara la legitimidad de la donación pontificia no gustó a Carlos V, que rompió con él como consejero. Le sustituyó entonces en los asuntos de América fray **Bartolomé de Las Casas**, el cual, con su defensa de la legitimidad de la donación pontificia, unida a su vigorosa campaña contra la encomienda, ponía al emperador en la posición que más le convenía: una retirada de la Corona de América a nivel político y militar, dejando sin embargo que los misioneros continuaran evangelizando libremente por su cuenta. No hay que olvidar que en 1550 el emperador se encontraba en un estado de total agotamiento, envuelto en guerras con Francia, con los sarracenos y con los protestantes. En estas mismas fechas, **Carlos V** escribe a su hermana: «Puedo aseguraros que no puedo más, estoy a punto de reventar». Siguiendo los consejos de Las Casas, su conciencia quedaría tranquila porque no dejaría de estar cumpliéndose el mandato del Papa de evangelizar a los indios, pero al mismo tiempo se quitaría de encima

el peso de la responsabilidad de las conquistas.

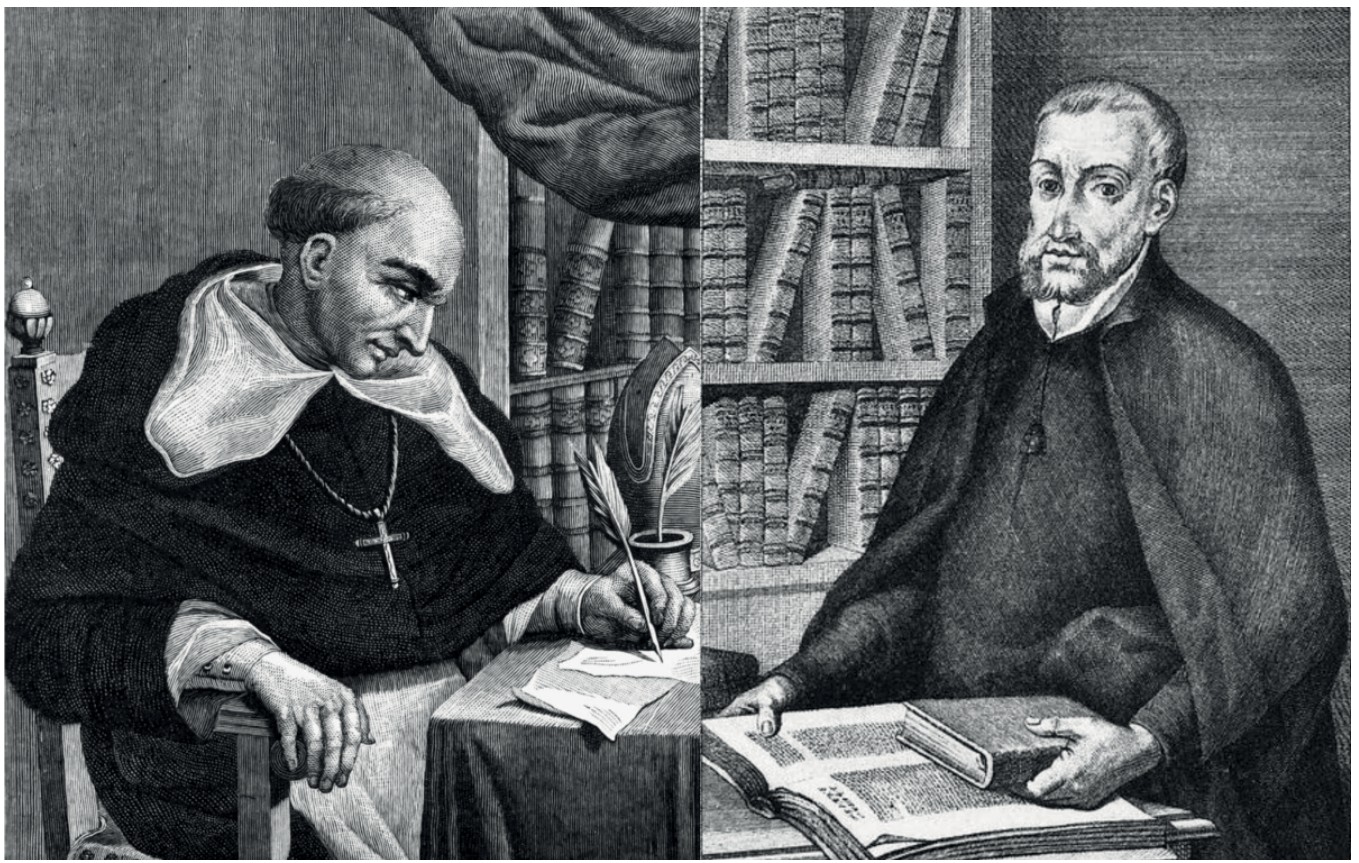
Como primera medida, con las **Leyes Nuevas** que surgieron de la influencia de Las Casas en 1542, se suprimía la encomienda, en contra del parecer de la mayoría de religiosos y el resto de españoles en América. Muy pronto fue patente que las medidas tomadas iban demasiado lejos, y toda América se alzó contra esta decisión. Influenciado por Las Casas, Carlos V se había alejado de la realidad por completo. Para apagar el incendio, el **emperador tuvo que revocarlas** en lo concerniente a la supresión de la encomienda, el 6 de abril de 1546. El testimonio de muchos obispos y religiosos de México y Perú continuaba siendo muy favorable al mantenimiento de la institución, como herramienta eficaz de evangelización, a juzgar por los resultados obtenidos hasta entonces. Cuando llega el año 1550, el tema estaba resuelto en la conciencia del emperador, y no fue objeto de debate en Valladolid.

¿Qué propósito tenía entonces al emperador para convocar esta controversia? El verdadero tema en cuestión, conocido por todos los miembros de la junta, era si los españoles debían seguir conquistando y evangelizando a los indios y de qué manera. **Carlos V** era un cristiano ferviente, que siempre se había tomado muy en serio sus responsabilidades en relación con América. En este año de 1550 en el que siente llegar su muerte y antes de decidirse a abdicar para retirarse a la oración en el monasterio de Yuste, piensa ante todo que rendirá cuentas a Dios de la Conquista americana. Esto es lo grandioso de la Controversia. Probablemente, como recuerda Lewis Hanke en *La lucha por la justicia en la conquista de América*, **nunca, ni antes**

ni después, ordenó como entonces un poderoso emperador la suspensión de sus conquistas para que se decidiera si eran justas.

Los participantes constituían una junta, reunión especial de quince eminentes personajes españoles. Estos quince hombres debían oír, someter a discusión y juzgar el debate principal, en cuyo desarrollo se enfrentarían los alegatos, réplicas y contrarréplicas de dos figuras señeras en cuanto a la problemática americana: el doctor Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Todo ello con el objetivo de iluminar la decisión del rey en lo temporal como en lo espiritual.

Ginés de Sepúlveda era un reconocido intelectual humanista, cronista del emperador, cristiano viejo, antierasmista y antiluterano, que había escrito mucho en favor de la causa del emperador y del catolicismo. Fray Bartolomé de las Casas, en cambio, procedía de conversos del judaísmo, tenía una formación académica mucho más limitada y un carácter vehemente e impetuoso. Predicaba una postura radical de rechazo de la presencia de los españoles en América, defendiendo que se devolviese el continente a los indios y se dejase la evangelización exclusivamente a los religiosos, desde una visión utópica de la realidad de los indios. Sepúlveda, que no había estado en América, contaba sin embargo con el testimonio de personas expertas como García de Loaisa quienes, conocedores de la situación real de los indios, pensaban que sin la presencia de las instituciones y autoridades españolas, los religiosos poco podrían hacer en las tierras recién descubiertas. Resumimos a continuación las principales cuestiones debatidas entre ambos y el resultado de sus exposiciones.



Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda, protagonistas de las controversias de Valladolid

¿Autorizan las bulas alejandrinas a someter a los indios?, se preguntan los contendientes en el debate, haciendo referencia a la donación que el papa Alejandro VI había otorgado a España en 1493 en relación con América. Las Casas interpreta que la sumisión de los habitantes de las tierras descubiertas, permitida por el Papa, se refiere a una preparación pacífica para que los indios puedan recibir la fe, mientras que cualquier conquista militar es inicua, tiránica y condenable. Sepúlveda, en cambio, asegura que la soberanía concedida por el Papa a España en América es plena y total, sin que ello sea un abuso por parte del Papa, ya que, aunque no hubiera concedido tal derecho, España lo habría recibido por derecho natural, ya que «el derecho de gentes adjudica las tierras descubiertas a sus descubridores.» Por lo que el Papa sencillamente habría procurado con las bulas mediar como árbitro entre los príncipes cristianos, para bien de la evangelización.

La condición natural de los indios, ¿justifica que se les someta?

Sepúlveda considera que el estado

de civilización en el que se encuentran los indios es inferior al de los españoles, en el sentido de que entre ellos la guerra es casi continua, ligada a la antropofagia guerrera en muchos casos, y la costumbre de los sacrificios humanos está profundamente arraigada en su cultura. Ello no significa que deban ser esclavizados, sino que deben ser gobernados y educados para su propio beneficio. Comparaba Sepúlveda los beneficios del imperio español sobre los indios con las ventajas que había supuesto para los pueblos antiguos ser pacificados por Roma y haber recibido el derecho romano.

Por su parte, fray Bartolomé de Las Casas rebate que los indios no son infra-humanos para necesitar ser sometidos por la fuerza. Pero, en lugar de fundamentar su argumento en que todos los hombres son iguales en dignidad, lo hace apelando a que los verdaderos infra-humanos no están en América, sino en África, y son los negros... pues cuanto mayor cercanía hay a los polos, menos pueden desarrollarse las capacidades humanas. En su defensa de los

indios, les atribuye todo tipo de cualidades, inteligentes, ingeniosos..., gracias al clima y las condiciones geográficas del continente. Al contrario que Sepúlveda, Las Casas reniega del Imperio romano, negándose a reconocer ninguna bondad en él.

¿Pueden ser sometidos los indios para evitar que adoren a los demonios?

A esta pregunta, Sepúlveda contesta que sí, y Las Casas, que no. La negación se basa en la idea anteriormente enunciada por Francisco de Vitoria de que el acto de fe no podía ser impuesto por la fuerza, ya que es esencialmente libre. A pesar de tener los argumentos a su favor, Las Casas se enreda en su ambigüedad, queriendo llevar la contraria a Sepúlveda, y acaba reconociendo que él mismo había quebrantado en alguna ocasión los ídolos de los indios. Sepúlveda se reafirma en su convencimiento de que los príncipes cristianos tienen la obligación de someter a los indios por la fuerza, reprimiendo la idolatría, sin que

ello signifique obligarles a recibir la fe contra su voluntad. Las Casas termina admitiendo la destrucción de ídolos en el caso de que los indios se sientan ya inclinados a abrazar la religión cristiana o si se someten voluntariamente a la jurisdicción española, casos que en 1550 eran prácticamente generalizados.

¿Se justifica el sometimiento de los indios para «salvar a los numerosos inocentes que esos bárbaros inmolan»?

Ante esta cuestión, Sepúlveda responde afirmativamente, siguiendo la estela de Francisco de Vitoria, que ya había expuesto de manera rotunda la obligación de intervenir para defender a los inocentes de la muerte. Las Casas, en su afán por mantener la tesis de la bondad absoluta de los indios, llega a justificar los sacrificios humanos, argumentando que es obligación de todo hombre ofrecer a Dios lo más valioso que tiene, y dado que los indios no conocen al verdadero Dios, es natural que ofrezcan a sus dioses sus conciudadanos. Las Casas evita nombrar la desagradable costumbre del canibalismo que iba unida a los sacrificios humanos, así como el hecho de que para realizarlos se emprendían continuas guerras en las que se capturaban cientos de prisioneros destinados a dicha práctica.

¿Abrir camino a la propagación de la religión cristiana y facilitar la tarea de los predicadores justifica el sometimiento de los indios?

Para Las Casas, la respuesta es negativa; alude a la actitud de Cristo y los apóstoles en los primeros tiempos del cristianismo. Si Cristo y los apóstoles predicaron sin la ayuda de las armas ni la protección de las autoridades, también los españoles deberían hacer lo mismo con los indios. Para reforzar su argumento, ponía como ejemplo la reducción dominica de indios que había contribuido a fundar en Guatemala, en la que todo español tenía prohibido entrar¹. «Luego nosotros no sólo no podemos imponer la conversión por la fuerza, sino que tampoco debemos imponer nuestra predicación, porque ello equivaldría de hecho a predicar por la fuerza».

Sepúlveda insiste en que «no hay

¹ El argumento no era del todo acertado, pues para fundar la reducción había necesitado la colaboración de indios convertidos en las encomiendas, así como del propio gobernador. Y pasados siete años, la reducción fue devastada por el ataque de otra tribu, asesinados los misioneros y los indios que se habían convertido, y entonces los dominicos pidieron auxilio a las autoridades españolas para que los defendieran. Pero esto todavía no había ocurrido cuando tiene lugar la Controversia de Valladolid.

otro método seguro para facilitar y hacer efectiva la predicación de la fe que el de someter a los indios a la autoridad española», que es precisamente la tarea que les había confiado el Papa. También explicaría la misión del poder político como pacificador, tomando como modelo el Imperio romano que, incluso siendo pagano, hizo posible gracias a la *pax romana* la predicación de los apóstoles. También se conoce el caso de los cristianos de Jerusalén, que treinta años después de la muerte de Cristo se refugiaron en la ciudad de Pella para ponerse bajo la protección romana y librarse así de los judíos. La evangelización necesitaba ya una fuerza protectora, aunque fuese pagana. ¿Con qué derecho podríamos renunciar a esta fuerza protectora ahora que es cristiana?, argumentaría Sepúlveda.

El resultado del debate fue la clara **victoria de Sepúlveda**, cuyo realismo se impuso a las reivindicaciones apasionadas de fray Bartolomé. Sin embargo, **ambas corrientes, en su esfuerzo por buscar la justicia, habían contribuido a la primitiva formulación de los derechos humanos**. La conquista de América era ya irreversible, y en aquellos momentos se había iniciado el **Siglo de Oro** tanto en el nuevo continente como en España. Una España que «legará al mundo el modelo universal de la afortunada fusión de dos civilizaciones.»

Un empeño por la justicia y la verdad

Tanto la convocatoria de la discusión de Valladolid como la legislación que siguió a continuación constituyen un testimonio del compromiso de la Corona por garantizar la «justicia» para sus poblaciones de súbditos indígenas, un empeño para el que no es fácil encontrar paralelos por su constancia y vigor en la historia de otros imperios coloniales.

John Elliott, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Taurus (2011).

«Ya no hay judío ni griego... » El mestizaje en los virreinos americanos de la monarquía católica de España

Sergio Coca Crespo

El mestizaje fue el timbre de gloria de aquel orbe hispánico, que se asomaba a la globalización desde una antropología mucho más sana que otras que vendrían después, marcada por el empeño de conocer y entender al prójimo, de respetarlo y, en definitiva, de aprender a amarlo como a uno mismo.

PORQUE todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3,28). Es difícil saber si esta cita de la Carta a los Gálatas resonaba en el alma de los españoles, los europeos (súbditos o no de los reyes españoles) y los africanos y asiáticos que protagonizaron la complejísima y fascinante empresa de la conquista y evangelización de América, una de las mayores contribuciones de la monarquía católica de España a la historia.

Al realizarse en nombre de Dios, y de acuerdo con el espíritu católico y apostólico, se aspiró a llevar el mensaje del amor a los pueblos del Nuevo Mundo, uniéndolos en la Verdad: «que sean uno, como nosotros somos uno (...) de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado como me has amado a

mí» (Jn 17, 22-23). Este mismo espíritu había alumbrado primero en Europa el edificio político, moral y cultural de la «Cristiandad». Al abolir las diferencias de linaje o pueblo, el catolicismo había forjado una nueva manera de ver y tratar al hombre, basada en su fe, y que no impedía entenderse o unirse con personas de diferente origen. Y, cuando la unidad espiritual de Europa fue atacada por los cismas de Lutero, Calvino y Enrique VIII, la monarquía católica empezó a erigir, en sus virreinos de América y en Filipinas, una «segunda Cristiandad». Allí, los españoles llevaron sus instituciones y leyes, su lengua y su religión, que adaptaron a la realidad indiana, y las enriquecieron con elementos tomados de las culturas con las que se encontraron y con las que se mezclaron.



Fig. 1: Matrimonio de la Ñusta con Martín García de Loyola. Autor anónimo, finales del siglo XVII. Óleo sobre lienzo. Iglesia de la Compañía, Cuzco

Aunque hoy este máximo religioso de llevar la fe en Cristo, proclamando su palabra «a tiempo y a destiempo» (2 Tim 4,2), podría parecer «políticamente terrible» a algunos, en realidad alumbró un *modus vivendi* mucho más compasivo, caritativo y, en suma, humano (con todas sus imperfecciones), que el que crearía el pensamiento de la Ilustración, el cual, en gran medida, puso las bases de nuestra «modernidad», pero también fundó el racismo científico en el supremacismo europeo sobre los «otros», el resto de pueblos del mundo.

Isabel la Católica, firme defensora de la dignidad de sus súbditos del Nuevo Mundo, impulsó allí las uniones mestizas con los indígenas. También su esposo Fernando de Aragón, como recoge su Real Cédula de 1514: «Es nuestra voluntad, que los indios, e indias tengan, como deben, entera libertad para casarse con quien quisieren, así con indios, como con naturales de estos nuestros reinos, o españoles nacidos en las Indias». Crear familias mestizas aseguraba la paz de la nueva sociedad, y evidenciaba que los indígenas –y los mestizos– eran súbditos de pleno derecho, amparados por las Leyes de Indias. Corto se queda el argumento de la escasez de mujeres «disponibles», ya que pocas se atrevían a cruzar

el Atlántico, de modo que habría que haberse resignado a que los varones saciasen sus instintos con las mujeres nativas...

Esta constatación de que, superada la diferencia religiosa, unos y otros son personas, por encima de cualquier concepción de pueblo o estirpe, está profundamente arraigada en la experiencia histórica de los habitantes de la Península Ibérica. Alfonso VI de León y Castilla se casó con una musulmana bautizada como Isabel, que le dio su único hijo varón, el infante Sancho, quien murió antes de poder suceder a su padre. Tras la capitulación de Granada, los Reyes Católicos apadrinaron a varios príncipes nazaríes, que se bautizaron y entroncaron con la nobleza castellana. La poderosa familia Enríquez, rama ilegítima de los reyes Trastámara de Castilla, contó judíos conversos entre sus antepasados, que también lo fueron de Fernando el Católico a través de su madre doña Juana Enríquez. Incluso el propio Felipe II no dudó en ser padrino de Muley Xequé, hijo de un soberano de Marruecos, el cual pasó a llamarse don Felipe de Austria, nada menos: conocido como «el príncipe de África», su palacio madrileño acabaría dando nombre a la calle del Príncipe. A su vez, cuando la Embajada Keicho viajó desde Japón para visitar la corte de Felipe III, algunos de sus miembros se cristianizaron y se instalaron en Coria del Río, originando el apellido «Japón».

Estos casos tomados de las elites, en su mayoría «excepcionales», deben entenderse como la «punta del iceberg»: por la relevancia de los protagonistas, son la parte visible de un fenómeno mucho más amplio. Y, si bien existió una política de intolerancia hacia los musulmanes y judíos falsamente convertidos, se está viendo que la conversión al cristianismo era la llave hacia la integración, que borraba cualquier otro tipo de «mácula». Así, por haberse mezclado durante siglos con otros pueblos, los españoles fueron tildados en Europa de «degenerados», y esta acusación se extrapolaría a Hispanoamérica, sistemáticamente excluida del canon de la «civilización» occidental, ya que el mestizaje explicaría y justificaría el supuesto fracaso histórico de las naciones del orbe hispano.

En América, España no hizo otra cosa que integrar, unir, empleando la pluma tanto o más que la espada. Rápidamente se vio a las «elites» predicando con el ejemplo. Se suele considerar a Martín Cortés, hijo de don Hernán y doña Marina la Malinche, el «primer mestizo», que llegó a ser reconocido por el propio Papa; Gómez Suárez de Figueroa, el inca Garcilaso, nació de

uno de los conquistadores del Perú y de la princesa inca Isabel Chimpu Oclo, y fue uno de los protagonistas del Siglo de Oro de las letras hispanas. Asimismo, en México, la hija de Moctezuma, doña Isabel, casó sucesivamente con varios caballeros españoles, descendiendo de ella distintos linajes de la aristocracia española. Y, retornando al Perú, la última heredera de los emperadores incas, doña Beatriz Clara Coya, se unió a don Martín García de Loyola, sobrino-nieto de san Ignacio (figura 1): a su vez, la hija de ambos, doña Ana María, marquesa de Santiago de Oropesa, se casó con don Juan de Borja, hijo de san Francisco de Borja, quien a su vez descendía de Alejandro VI, el célebre papa Borgia (por motivos oscuros de nuevo exagerados hasta lo grotesco; curioso que en Italia se le llamase «marrano» por su supuesta sangre manchada de judaísmo...) y de los Enríquez ya citados: toda esta sinfonía mestiza se materializó en varios cuadros encargados por los jesuitas en el Perú, y que muestran a las dos partes, la incaica y la española, en pie de igualdad, reconociéndose y fundiéndose en una sola familia.

Pasando ahora a casos más llanos, todavía algunos alcanzaron la fama,

como el dominico san Martín de Porres, popularmente llamado «fray Escoba», el primer mestizo mulato en ser canonizado por la Iglesia. Su origen étnico sirve para introducir un aspecto capital en el mestizaje americano, que todavía estaba pendiente de ser atendido: el aporte africano, a través de los negros esclavizados y llevados masivamente al Nuevo Mundo, donde muchos obtuvieron la libertad y, en no pocos casos, alcanzaron posiciones respetables. Y es que, para entender los virreinos americanos y la obra de la monarquía de España en ellos, es vital aclarar que en América se estableció una sociedad propia del Antiguo Régimen: estamental –y, lamentablemente, esclavista–, con un profundo sentido de la jerarquía, pero en el que cada categoría recibía a personas de distintos grupos étnicos (europeos, americanos, africanos, e incluso asiáticos). La documentación permite conocer los nombres y las vidas de riquísimos indígenas nobles («caciques» y «principales»), de españoles paupérrimos, de mestizos emprendedores y de negros emancipados o mulatos prósperos que, a su vez, tenían esclavos de origen africano. **Aquella sociedad complejísima, llena de**

contrastes, en ningún caso fue «colonial» (en el sentido segregacionista), sino que el mestizaje servía de dinamizador y, en no pocos casos, de ascensor social.

La pintura «de castas»

Este último punto de la reflexión viene a colación de uno de los géneros más emblemáticos de la pintura que se desarrolló en el virreinato de la Nueva España en el siglo XVIII: la «pintura de mestizaje», conocida como «pintura de castas». Se trata de series de 16 cuadros, normalmente, que representan las familias resultantes de las uniones entre españoles, indígenas y negros, y entre sus sucesivas descendencias mestizas, mostrando sus oficios, sus ropas, sus enseres y, también, reflejando sus emociones. A los mestizos se les dieron nombres a cual más fantástico («barcino», «lobo», «torna atrás...»), que usualmente carecían de aplicación efectiva en la vida diaria. (figura 2 y 3)

Pero, por tradición, estos cuadros se han interpretado de manera deformada e incompleta, cayendo en la «trampa de las castas». Su primera vertiente es de tipo lingüístico: la palabra casta hace pensar en la socie-

«Cásense españoles con indias e indias con españoles»

«Mandamos que el dicho nuestro gobernador e las personas que por él fueren nombradas para tener cargo de las dichas poblaciones, e así mismo los dichos capellanes procuren como los dichos indios se casen con sus mujeres en haz de la Santa Madre Iglesia; e que asimismo procure que algunos cristianos se casen con algunas mujeres indias y las mujeres cristianas con algunos indios».

Instrucción para el gobernador y oficiales sobre el gobierno de las Indias del 29 de marzo de 1503



Fig. 2: «De Español y mestiza, castiza» Miguel Cabrera, 1763. Óleo sobre lienzo. Museo de América



Fig. 3: Cuadro de castas: «De negro e india, china cambuja». Miguel Cabrera, 1763. Óleo sobre lienzo. Museo de América.

dad de la India colonial, dividida en compartimentos estancos que determinan de por vida el estatus, la profesión y la familia de sus miembros. Pero hay que entenderlo en el sentido de la época virreinal, de «linaje» o «familia» (ya lo dice la expresión: «de casta le viene al galgo»). Además, lo que hoy se conoce como casta (de «coyote», «albarazado», u otro término de los citados antes), entonces se llamaba calidad, y no aludía sólo a los rasgos físicos, sino a algo tan barroco como la «reputación» (riqueza, honra, privilegio...).

La segunda, de orden histórico: aplicando el modelo colonial al mundo virreinal, se estudian los virreinos americanos como colonias, en las que los españoles habrían explotado toda la riqueza y discriminado a los indígenas, cuando en verdad hubo un sistema de negociaciones y pactos, gracias a lo cual los nativos fueron los mayores beneficiarios del

Virreinato. Y si bien hubiese personas, o grupos, que en determinados momentos intentaron vetar a los mestizos en sus respectivos cotos de poder, las fuentes escritas permiten encontrarlos dentro de la Universidad y la Iglesia, en los gremios de artesanos o en las cofradías de pintores, para asombro de los visitantes europeos, como Humboldt.

Tercero, a nivel visual, el engaño se ha perpetuado a través de la propia pintura de castas: al mostrar cada familia «encerrada» en el marco, separada de las demás de la serie, parecía la prueba definitiva de que sí existían castas. Pero una y otra vez los archivos recogen las historias de personas largo tiempo silenciadas y olvidadas, que se movían y renegociaban constantemente su posición social (su calidad) en función de sus circunstancias: si alcanzaba una posición acomodada, al casarse firmaba como «español»; si luego le pro-

cesaba el Santo Oficio –que no podía juzgar a los indígenas–, se declaraba «indio», y así sucesivamente. En suma, los cuadros de castas trataban de mostrar la fascinante variedad americana, fruto de su riqueza y fuente su grandeza, ordenándola por categorías, según los criterios taxonómicos de la ciencia ilustrada del siglo XVIII, a fin de volverla inteligible y comprensible a ojos de los europeos, incapaces de imaginar siquiera un mundo de tal magnitud, tan rico y cosmopolita, diverso a la par que ordenado, contrastado pero integrador.

Así, el mestizaje fue el timbre de gloria de aquel orbe hispánico, que se asomaba a la globalización desde una antropología mucho más sana que otras que vendrían después, marcada por el empeño de conocer y entender al prójimo, de respetarlo y, en definitiva, de aprender a amarlo como a uno mismo.

Isabel, Malinche y la Guadalupana. Civilización y evangelización de América

Rosario Jaurrieta Manresa

No es un simple dato que en los siguientes siete años a la aparición de la Guadalupana, se bautizaran nueve millones de personas. La mano de María ha estado constantemente presente en la evangelización de América.

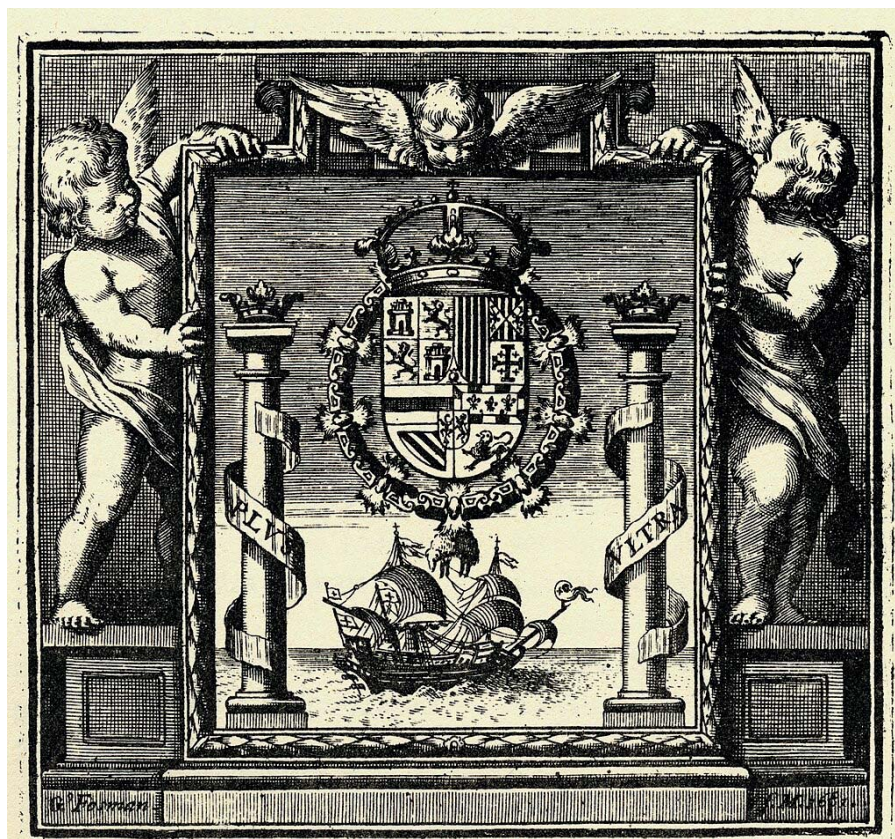
DICE Juan Pablo II¹, «la llamada “colonización” no se puede vaciar del contenido religioso que la acompañó, ya que la cruz de Cristo, plantada desde el primer momento en las tierras del Nuevo Mundo, iluminó el camino de los descubridores o colonizadores, como lo prueba la religiosidad que marcó toda su trayectoria y los numerosos escritos de la época, así como los nombres misioneros de tantas ciudades y santuarios diseminados por América.»

Los últimos papas han calificado al continente americano en repetidas ocasiones como «el continente de la esperanza». Frente a una Europa envejecida y secularizada, quedan aun pueblos que destacan por la abundancia de su juventud que ha conservado, a pesar de tantas difi-

cultades, la fe que recibieron de sus antepasados. Esto refleja la admirable obra evangelizadora en la que Dios se sirvió de los misioneros españoles y que posibilita esta realidad de fe tan arraigada en estos pueblos. Esta magnífica obra de civilización y evangelización del nuevo mundo se vio fundamentada en el amor divino a la Madre celestial, el empeño de una reina y los conocimientos que los propios indígenas adquirían y transmitían.

El Señor, en Su providencia se sirvió de nombres concretos para llevar al nuevo mundo la fe que constituiría la nueva civilización en aquellas tierras. Entre esos nombres está **Isabel de Castilla, la Reina Católica**, quien, con su empeño y su profunda religiosidad, impulsó la empresa evangelizadora más grande que han visto los siglos. Esta religiosidad y empeño de la reina castellana se pusieron de manifiesto en la Reforma y reconquista que llevó a cabo en

¹ JUAN PABLO II, discurso a los participantes en el Simposio internacional sobre la historia de la evangelización de América (14 de mayo de 1992)



Grabado que ilustra el detalle alegórico a los territorios de las Indias, compuesto en su interior por un fondo que emulan aguas marinas en relación al concepto de Imperio Ultramarino. La imagen fue concebida con motivo de la portada que fue diseñada para la obra Recopilación de Leyes de las Indias, publicada el año de 1681.

tierras castellanas. A partir de ahí, Isabel no cejó en su empeño por llevar al Nuevo Mundo aquello que fundamenta, pues bien lo sabía ella, la vida y la sociedad. Pues toda la cultura occidental que cruzó los mares iba impregnada por esta fe y no era otra la principal misión de la corona de Castilla en las tierras de ultramar.

Isabel, en su programa de gobierno al ascender al trono en 1474 plasma su intención evangelizadora y refleja su fe con estas palabras: «el servicio de Dios, el bien de la Iglesia, la salvación de todas las almas y el honor de estos reinos». Aunque la codicia, la improvisación, la anarquía y la violencia de algunos descubridores amenazaban con torcer la misión evangelizadora, Isabel dirigió con mano firme este proceso civilizador y evangelizador.

Bien sabía la Reina de Castilla que para la misión del cielo debía utilizar su ingenio en el gobierno de las nuevas tierras. Estableció así la encomienda en 1503-1504 en la que la intención original era reunir a los nativos en asentamientos, impidiendo que estuvieran dispersos en la selva. Consistía en aldeas propiamente indias en las que cada indio disponía de sus cultivos y sus ganados, con una escuela y un sacerdote, con un español al mando, encargado de gobernarla y de proteger a sus gentes contra los posibles abusos europeos. Así estipuló Isabel en su testamento, que «los moradores de aquellas nuevas tierras no reciban agravio, sino que sean bien y justamente tratados». De esta manera, Isabel llevó a cabo, no solo su misión evangelizadora, sino también civilizadora, pues

igual que procuraba el buen funcionamiento de las tierras castellanas, lo procuraba para las tierras de las Indias.

Pero Isabel no permitió que la evangelización de las nuevas tierras terminara con su muerte y por ello, bien dispuso en su testamento su ardiente voluntad: «de acuerdo a mis constantes deseos, y reconocidos en las bulas que a este efecto se dieron, de enseñar, doctrinar buenas costumbres e instruir en la fe católica a los pueblos de las islas y tierras firmes de la mar Océana, mando a la princesa, mi hija, y al príncipe, su marido, que así lo hayan y cumplan, e que este sea su principal fin, e que en ello pongan mucha diligencia, y non consientan ni den lugar que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme, ganadas e por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados. Y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean».

En Carlos I encontró Isabel el eco de la misión que continuó siendo obra de los reyes españoles por su deseo explícito. Gracias a ella, la conquista de América adoptó un carácter evangelizador único en la historia, pues ella apostó por este proyecto, dio el primer impulso y marcó el rumbo a seguir de sus sucesores.

Otro nombre propio se presenta en esta misión divina de evangelizar y civilizar las Américas. **Malinelli, Malinche, rebautizada por los españoles como Doña Marina**, olvidada a uno y otro lado del Atlántico, es, sin embargo, eslabón fundamental en la gran gesta española.

En el choque entre estas dos culturas, la occidental y la indígena, uno de los principales obstáculos en los afanes civilizadores y misioneros de España fue el idioma. La Malinche

resultó determinante, no solo en el avance de la tropa española hacia el corazón del imperio azteca (Tenochtitlán), sino en el proceso culturizador de las nuevas tierras. Esta mujer fue «la lengua» del conquistador para los indígenas. Los de Potonchán la entregaron a Cortés como obsequio, y fue él quien la eligió y la designó como traductora. Dominaba el maya y el náhuatl de los aztecas, y en cuanto dominó el español, asumió el peso de ser la cuerda que unía las dos culturas. Fue quien logró el entendimiento entre ambas.

Ella fue consejera imprescindible de Cortés, y así como era «su lengua» durante la conquista, también lo fue para los moradores de aquellas tierras. No solo llegó a las Indias la lengua y las costumbres castellanas, sino que, al revés, los españoles se vieron inmersos en una cultura completamente desconocida para ellos. Marina era el canal por el cual los españoles pudieron entender, por ejemplo, los enfrentamientos entre los diferentes pueblos indígenas, que, de no ser por ella, no hubieran sido capaces de comprender tan detalladamente.

Podemos entender entonces, que en este papel que adoptó Malinche y que la llevó a adquirir un ascenso

social considerable por sus conocimientos y su acercamiento a Cortés, fue también parte importante de la evangelización de América. Si ella era la voz de los españoles para los indígenas en cuestiones culturales y sociales, por qué no pensar que también lo fue en cuestiones de fe. De hecho, su aportación fue vital en estas tareas evangelizadoras, tanto que se la ha considerado como la primera catequista de México. Fray Bartolomé Olmedo fue quien puso gran empeño en instruir a Malinche en la fe cristiana. Ella debía conocer las verdades de la fe con gran cuidado para después transmitir las a los pueblos indígenas sin herejías. No era esto una cuestión menor, pues la conversión de muchas almas dependía de ello. Sin embargo, esta tarea no debió ser fácil por algo tan básico como la inexistencia de palabras que explicasen a los indígenas ciertos conceptos de la religión católica, como el de un Dios crucificado. Solo la idea les resultaría extravagante.

Sin embargo, el Señor no iba a dejar la evangelización de las Indias a su suerte ni permitiría que estos obstáculos naturales impidieran la conversión de las almas. En su Providencia e infinito amor, entregó de nuevo el Señor a su propia Madre para hacer

posible la civilización y la evangelización de América. **Así como Isabel comenzó la obra y Malinche fue otro instrumento de esta gran misión, una tercera mujer se presenta como pilar fundamental de la evangelización hispana: María, la de Guadalupe, la emperatriz de las Américas.**

La Guadalupana es, sin duda, objeto de profunda devoción entre los habitantes de las tierras hispanas. Ella es quien hermana a sus gentes por ser Madre universal. Ella es quien impulsa la expansión de la fe y del Evangelio. Ella es quien sostiene todo aquello que la Corona quiso hacer posible. Ella es, en definitiva, el principio y el sentido del descubrimiento, de la civilización y de la evangelización de las nuevas tierras.

La imagen tan devotamente venerada por millones de hispanoamericanos y muchos peregrinos fusiona, en cada detalle, las dos culturas.

En la imaginería occidental, a la Virgen se la reconoce por ciertos atributos concretos que aparecen recogidos en la Biblia o forman parte de la cultura popular. Una mujer joven, con el cabello suelto sobre los hombros, pisando la serpiente, sobre la luna, coronada de doce estrellas, y sobre sus vestiduras y su cabeza, un manto azul.

«Admirable obra evangelizadora»

«Damos, pues, gracias a Dios por la pléyade de evangelizadores que dejaron su patria y dieron su vida para sembrar en el Nuevo Mundo la vida nueva de la fe, la esperanza y el amor. No los movía la leyenda de “El Dorado”, o intereses personales, sino el urgente llamamiento a evangelizar unos hermanos que aún no conocían a Jesucristo. Ellos anunciaron “la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres” a unas gentes que ofrecían a sus dioses incluso sacrificios humanos».

Juan Pablo II, discurso inaugural ante la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano (12 de octubre de 1992)

Asimismo, los entendidos supieron interpretar la imagen que apareció en la tilma del indio Juan Diego, según la cultura indígena. María aparecía, en este caso, de pie, con la rodilla flexionada, la cabeza inclinada y las manos juntas. Esto, en aquella cultura, significaba estar danzando, y solamente se danzaba como signo de sumisión ante alguien más grande que uno: María que danzaba ante Dios. Aparecía como una mujer joven, con el cabello sobre los hombros, por tanto, **virgen**. En la imagen de la Guadalupana se distingue sobre su vestido una cinta que testimoniaba su embarazo. Además, sobre sus vestidos y su cabeza llevaba un manto azul turquesa y el uso de este color estaba relegado para el emperador azteca, por tanto, quien lo llevara, solo podía ser una **emperatriz**.

Fijémonos con qué delicadeza el Señor se revela a las naciones en su propio lenguaje. Pues sin despreciar la propia cultura indígena, el Señor envía a su Madre bajo los atributos

que un pobre indio pudiera conocer, haciéndola familiar y cercana a aquellas gentes, con la firme intención de hacer de María la protectora, madre y principal fuerza para la evangelización de las Américas.

No es un simple dato que en los siguientes siete años a la aparición de la Guadalupana, se bautizaran nueve millones de personas. La mano de María ha estado constantemente presente en la evangelización de América, sirviéndose de los rosarios que seguramente desojó Isabel desde Castilla, o las jaculatorias que aprendiera a rezar Malinche. Ella es, efectivamente, la emperatriz de las Américas. La misma que en carne mortal fortaleció a Santiago Apóstol en su predicación en España, es quien, al otro lado del océano, infundía en los corazones de los indios el culto a la verdadera divinidad, las verdades naturales y sobrenaturales que a aquellas gentes les iban siendo reveladas.

Sí es cierto que a personas como Isabel de Castilla o Doña Marina, el Señor confió una gran obra, pero en

ningún momento la desamparó, ya que desde la cruz entregó a todas las gentes a su Madre: «ahí tienes a tu hijo»; y, a todos, hermanado todos los pueblos, nos la entregó como Madre: «ahí tienes a tu madre».

De la misión evangelizadora de España en América, Juan Pablo II dice: «decir España es decir María. Es decir Pilar, Covadonga, Aránzazu, Montserrat, Ujué, el Camino, Valvanera, Guadalupe, la Almudena, los Desamparados, Lluch, la Fuensanta, las Angustias, los Reyes, el Rocío, la Candelaria, el Pino. Y decir Iberoamérica es decir también María, gracias a los misioneros españoles y portugueses. Es decir Guadalupe, Altigracia, Luján, Aparecida, Chiquinquiran, Coromoto, Copacabana, Carmen, Suyapa y tantas advocaciones marianas no menos entrañables.»

Comprendamos, pues, que en la conquista y civilización de América, se llevó a cabo una obra todavía mayor que tenía como principio y fin la expansión de la Cristiandad y la salvación de las almas.





Orientaciones bibliográficas

Pablo Cano Aranguren

Jean Dumont, *Lepanto, la historia oculta*

Encuentro 2024

Ni siquiera en la época de las invasiones bárbaras, Europa, la civilización cristiana, conoció una amenaza tan grave, vital, poderosa y unificada como la amenaza turca islámica que sufrió a lo largo del siglo que va desde 1450 a 1571, fecha de Lepanto (el famoso 7 de octubre).»

Así es como empieza el libro, *Lepanto, la historia oculta*. El tono de este primer párrafo se mantiene durante el resto del libro. No es un libro que busca la aprobación del público, simplemente se remite a mostrar una serie de hechos que ocurrieron a lo largo de los siglos XV y XVI en los cuales toda la Cristiandad sufrió una serie de peligros extremos y cómo, ante la mirada atónita de toda Europa, Francia «tiende y ofrece su mano» al causante de todos los peligros: El imperio otomano.

Francia. Francia es la pieza clave gracias a la cual se comprende la historia de Europa durante estos siglos; que son claves para llegar a comprender los demás hechos que tienen lugar posteriormente en Francia y en toda Europa. Existe el peligro de pensar que el comportamiento de Francia en este periodo histórico solo tuvo consecuencias

políticas dentro de un marco temporal determinado, pero esto es falso: el comportamiento de «la hija primogénita de la Iglesia» durante este periodo, marcó de forma determinante el porvenir religioso del país y de Europa, dejando secuelas que, hoy en día, son un grave problema para la nación francesa.

Esto es real. ¿Por qué Francia tiene hoy en día problemas de inmigración musulmana? ¿Por qué el primer pueblo bárbaro en convertirse al catolicismo fue el que endiosó a la razón? Todas estas preguntas tienen su respuesta en la época de Lepanto.

Ahora bien, ¿qué sucedió entre Francia y los turcos realmente? O más exactamente, ¿entre Francisco I (rey de Francia) y Solimán el Magnífico (sultán del Imperio otomano)? Cronológicamente lo siguiente: en 1519, Francisco I alienta la sublevación de los moriscos de Granada; en 1522 envía un agitador a Hungría y Polonia para intentar allanar el camino de los musulmanes hacia Viena; en 1524 envía a Túnez a Guillermo du Bellay como embajador; en 1536 se firma una capitulación, en 1543 una flota franco-islámica saquea Niza... Estos son algunos de los hechos que se sucedieron, y no solo

bajo el reinado de Francisco I, también Carlos IX, pocos años después, sigue la misma política que su abuelo, llegando a pactar en 1569 una nueva capitulación con los turcos.

¿A qué se debe esto? ¿Por qué un rey cristiano pacta con los musulmanes mientras que su vecino ha estado luchando contra ellos durante siete siglos? ¿Por qué mientras la Cristiandad se revuelve e intenta acabar con la herejía protestante Francia pacta con el mayor enemigo de la Cristiandad?

Frente a esta actitud, Jean Dumont nos ofrece tres explicaciones posibles: la inexperiencia, el sueño italiano, y la Reforma protestante.

En primer lugar, la inexperiencia que Francia tenía con los musulmanes. Esta es más bien una excusa que podría justificar, hasta cierto punto, la actitud para con los turcos. De todas las naciones presentes en el escenario trágico del siglo XVI, Francia es la única que no ha sufrido en su propio suelo la violencia del islam; París o Burdeos no tuvieron que ser reconquistadas a precio de sangre; las preciosas catedrales góticas no tienen ninguna marca que no sea cristiana. Incluso cuando los turcos se presentaron en las ciudades de la costa mediterránea francesa, su presencia no conllevó violencia gracias a la capitulación de 1536.

En segundo lugar, el sueño italiano. En este punto, testigos e historiadores están de acuerdo en que lo que mueve, en un primer momento, la alianza con los turcos es debido a la obsesión del «Muy Cristiano Rey» por ganar la revancha en Italia. Evidentemente los italianos no desean ver Nápoles, Génova o Milán convertidas en ciudades musulmanas,

por lo que se enfrentan como nunca a Francia. Es tal la obsesión del rey francés con Italia que Cromwell llegó a escribir: «El rey de Francia, para reconquistar el Milanésado, no tendrá el menor escrúpulo por atraer al Turco, y al mismo diablo, al corazón de la Cristiandad».

Y en tercer y último lugar, la Reforma protestante. La defensa y exaltación de la Reforma fue desarrollada en todas direcciones por Francisco I; y esta es la principal causa de las capitulaciones y apo-

Este libro nos muestra todos los secretos y hechos que ocurrieron durante los siglos XV y XVII; nos hace conocer profundamente la batalla de Lepanto; su importancia en la historia de la Iglesia y de Occidente; el papel de Francia y España en la época; la figura de san Pío V; y cómo Dios ama a su Iglesia y la salva de los peligros que la atormentan.

yo a los turcos: salvaguardar la Reforma protestante. El propio «Muy Cristiano Rey» confiesa en diciembre de 1535 que «la primacía pontifical es una institución humana, no divina... en lo relativo a los santos: hacer mención al título de recuerdo y no de intercesión...». Fue gracias a la alianza franco-turca mediante la cual los imperiales no pudieron seguir combatiendo la reforma debido a que se tenían que defender de los musulmanes que les amenazaban desde el este con artillería francesa. «Gracias a las armas de los infieles

por lo que la Reforma no fue aplastada por los imperiales».

Siguiendo el ejemplo de su abuelo, Carlos IX conforma sus embajadas de protestantes y rechaza unirse a la Liga Santa convocada por san Pío V. El Papa no es indiferente y responde de forma clara a la postura del rey francés: «El pecado de vuestros abuelos no justifica el vuestro».

Aunque parezca increíble, el pueblo francés no se percató de la traición que se estaba llevando a cabo en París debido a la propaganda, que se encargó de ocultar la verdad. Un ejemplo de ello es Martín du Bellay. En sus escritos, rápidamente difundidos, invierte las fechas; alega un testamento de Luis XII que nunca existió; aporta una aprobación de Fernando el Católico que nunca existió...

Lepanto, la historia oculta nos muestra todos los secretos y hechos que ocurrieron durante los siglos XV y XVII; nos hace conocer profundamente la batalla de Lepanto; su importancia en la historia de la Iglesia y de Occidente; el papel de Francia y España en la época; la figura de san Pío V; y cómo Dios ama a su Iglesia y la salva de los peligros que la atormentan. Además, nos alerta de que hoy Europa sufre el mismo peligro que hace casi quinientos años por primar los intereses particulares o de «razón de Estado» sobre la identidad cristiana de sus naciones en el planteamiento del problema migratorio: la inmigración incontrolada o incluso favorecida por motivos ideológicos está causando la desaparición de lo que hasta hoy en día se conocía como Europa, llegando incluso a peligrar la seguridad de las personas en las capitales de los países mediterráneos.



Hemos leído

Aldobrando Vals

Crimen de Paderno. Carta abierta a Ricardo

TEMPI

La noche del 1 de septiembre, en Paderno Dugnano, localidad cercana a Milán, un joven de 17 años mató a sus padres y a su hermano de 12 de 68 puñaladas. Al principio culpó a su padre, pero luego se derrumbó y confesó: «Yo los he matado a todos». Italia leía la noticia conmocionada y horrorizada. Las explicaciones del joven asesino no hicieron más que profundizar en esa sensación de horror: «Me sentía oprimido, pensé que así me sentiría mejor... No estaba enfadado con mi familia, sólo quería ser libre. Pensé que una puñalada sería suficiente».

*Entre los múltiples análisis publicados, destaca la carta abierta que Mario Dupuis ha dirigido al asesino en la revista **Tempi**. Dupuis es fundador del grupo Edimar, dedicado a la acogida, reinserción y educación de menores en situación de dificultad social y abandono escolar:*

«Querido Ricardo, con estas letras no quiero unirme al coro de personas y medios de comunicación que con justicia se han horrorizado por lo que le hiciste a tu familia.

La indignación está más que justificada y los análisis de los supuestos expertos sobre la condición de los jóvenes se suceden sin descanso durante estos días. La razón por la que te escribo esta carta abierta, por tanto, no es para convencerte aún más del mal que has cometido, sino para decirte algo que puede parecer obvio, pero que en mi vida, en la que he estado al lado de tantos jóvenes en dificultades, siempre ha sido decisivo: **Ricardo, tú no eres el mal que has hecho.**

A ti hoy, quizás, te cuesta mirarte así, ver en ti esta certeza, pero que alguien la vea en ti no es indiferente, como no lo fue para todos los chicos que he acogido en la casa de Padua en Ca' Edimar, como no fue indiferente que alguien, cuando yo era joven, me lo dijera y me lo repita hoy que tengo 75 años y estoy lleno de fragilidades y debilidades.

“**No eres el mal que haces**”. Muchos creen que esto es una justificación, pero yo he entendido, por experiencia propia y de mis hijos, que esto es una liberación. Edimar, el “menino de rua” brasileño que da nombre a nuestro albergue y que a los 15 años ya había matado, vendido drogas, robado, hecho todo el mal que se podía hacer, cuando le dijeron la frase “tu mal no me da miedo, tú no me das miedo”, comprendió que había otra posibilidad para vivir como personas felices y alcanzó la libertad. Cuando decidió



Mario Dupuis, fundador de Ca'Edimar

que ya no iba a matar a nadie más, el cabecilla de su banda lo asesinó.

¿Cómo se puede decir esto usando la razón y no la fe (que no sé si tienes)? Se puede decir, Riccardo, porque la razón mira a los hechos y para muchas personas que conozco y que acompañan a jóvenes como tú, les ha sucedido no sólo poder decir esta vertiginosa frase, sino poder vivirla con ellos y cambiar, como le sucedió a Edimar. **Esta mirada comenzó con la presencia de Jesús que, hace 2000 años, hizo justamente esto con la prostituta, con Zaqueo, con la samaritana; comenzó a mirarlos diciéndoles “a vosotros no os define vuestra maldad, vuestros pecados, vuestros errores”. Y esta mirada ha continuado a lo largo del tiempo durante 2000 años hasta hoy y, Dios lo quiera, puede llegar a ti.**

Ciertamente, tendrás que procesar con personas competentes el crimen

que has cometido y prepararte para el juicio, tendrás que procesar este terrible pasado tuyo, pero también debes vivir el presente y el presente, en su desnudez, en su pobreza, en su absoluta debilidad, puede convertirse en una gran ocasión en la que expreses de nuevo tu deseo de vivir, tu deseo de verdad, de belleza, de amor, porque es un deseo que tienes inscrito en tu corazón. No te lo pone ninguna fe, no te lo pone ningún psicólogo, no te lo pone ningún sacerdote; lo tienes por naturaleza y debes expresarlo en lo más profundo de ti mismo en este terrible presente tuyo.

Puede que yo y muchos otros no podamos hacer nada por ti, pero nos unimos a la sentida decisión de tus abuelos, personas a cuyos seres queridos has matado, que ya te han dicho “nosotros no te abandonamos”. Que sepas que, junto a tus abuelos, hay quienes no se encierran en el

análisis y en tratar de codificar todas las razones psicológicas y patológicas que te han llevado a ese terrible acto, sino que intentan mirar cara a cara el mal, pequeño o grande, que todos hacemos.

Mi amigo, el cantautor Claudio Chieffo, cuando estuvo en Auschwitz siendo joven, escribió una canción en la que describe el mal que se hizo allí, pero luego añade: “Pero el mal del mundo no murió y todos nosotros podemos hacerlo”. **Sólo puedes mirar al mal cara a cara sin justificarlo y sin tenerle miedo si eres consciente de que hay una presencia que lo vence, que lo ha vencido y que lo sigue venciendo a través de la mirada de quien ahora te dice “tu mal no te define”.** Siempre puedes volver a empezar. No sé de qué modo, no sé cuándo, no sé cómo, pero que sepas, Riccardo, que puedes comenzar a vivir de nuevo».



Pro beatificación padre Enrique Ramière

«Enviado por Dios para anunciar las misericordias de su Corazón»

Iniciamos esta sección con el propósito de dar a conocer la santidad de vida y doctrina del padre Enrique Ramière con el fin de promover la causa de beatificación del gran apóstol del Corazón de Jesús en el 350 aniversario de las apariciones del Corazón de Jesús a santa Margarita M^a de Alacoque.

Voluntad salvífica de Jesucristo: sitio! (Tengo sed)

CANSADO un día el Señor, al parecer sin finalidad alguna, llegó a la hora del mediodía cerca de una aldea infiel, y se sentó junto a un pozo, mientras iban los discípulos a buscarle alimentos en la ciudad inmediata. Al volver, le hallaron hablando con una mujer samaritana a quien había iluminado y curado el corazón, de la manera más delicada y misericordiosa. Le dijeron que se pusiese a comer. «Yo tengo para comer un alimento –les dijo– que vosotros no sabéis»; y como se maravillasen ellos al oír esto, añadió: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra. ¿No decís vosotros: cuatro meses más y llega la siega? Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega» (Jn 4, 31-38).

Con estas palabras nos descubre

Cristo la voluntad del Padre, fin único de su misión, y la causa de la esterilidad aparente de sus trabajos. Salvar almas, recoger en el aprisco las ovejas perdidas, traer al hogar doméstico a los hijos de Dios dispersos por el vasto desierto del mundo, lanzar sobre la tierra el fuego del amor divino, y abrasarla en sus llamas; he aquí todo el blanco de su ambición y de sus afanes, de su vida y de sus sacrificios. Pero tan grande empresa no ha de llevarla a cabo por sí solo, sin cooperadores, pues así lo ha dispuesto la Providencia divina; y muy pocos son los que encuentra que quieran cooperar a su obra, dándole el alimento que ansía en su hambre. Desde lo alto de la cruz, altar de sacrificio, sus ojos, al escudriñar el universo, no encuentran sino almas rebeldes a su amor, y deja la tierra lanzando el grito de su misericordia angustiada: *Sitio, tengo sed.*

Apostolado de la Oración. Introducción II



Carta manuscrita del padre Enrique Ramière y respuesta del beato Pío IX, de 13 de abril de 1861. Solicitaba en la misma la concesión de una serie de indulgencias en favor de los celadores del Apostolado de la Oración: la primera que consta hace referencia a la indulgencia plenaria para quienes hicieran acto de consagración al Corazón de Jesús (... sui consecrationem Sacratissimo Cordi Iesu pronuntiant.)



Pequeñas lecciones de historia

Santa Margarita María de Alacoque (6): la Gran Revelación

Gerardo Manresa

UN día al aproximarse Margarita a la reja del coro para recibir la comunión de manos del padre Claudio la Colombière se le apareció el divino Corazón rodeado de llamas; cerca de Él aparecieron dos corazones que parecían querer unirse y encontrarse con el de Jesús: «De esta manera mi puro amor une estos tres corazones para siempre». Margarita acepta esta unión de corazones, pero se encuentra muy pequeña con respecto al jesuita que le acompaña y un día le dice al Señor: «Señor, ¿no hay una gran desigualdad entre este santo jesuita y vuestra pobrísima esclava?» A lo que el Señor le contesta: «Las riquezas de mi Corazón suplirán y lo igualarán todo; díselo sin temor».

Todo estaba preparado para que la hermana Margarita pudiera recibir la máxima revelación del Sagrado Corazón.

Era la infraoctava de la fiesta del Corpus Christi, probablemente el día 16 de junio de 1675, cuando estando Margarita en la capilla del monasterio, ante el Santísimo Sacramento expuesto, N.S. Jesucristo le descubre su sacratísimo Corazón y le dice con ademán amoroso: «He aquí este Co-

razón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor. Pero lo que me es mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido



que se me dedique el primer viernes después de la festividad del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando este día y reparando su honor con un acto público de desagravio a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que he estado expuesto en los altares. Te prometo además que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que den este honor y los que procuren le sea tributado».

Margarita se ve incapaz de hacerlo, pues está retirada en el convento y le dice al Señor: «¿Cómo puedo cumplir estos encargos?» Le contesta el Señor: «Dirígete a mi siervo (el padre Claudio la Colombière) y dile de mi parte que haga cuanto pueda para establecer esta devoción y complacer así a mi Corazón divino; que no se desanime a pesar de las dificultades que se le presenten y que no le han de faltar; pero debe saber que es omnipotente aquel que desconfía de sí mismo para confiar únicamente en mí».

Esta aparición es la mayor efusión de luz después de Pentecostés.

Pocos días después, el 21 de junio de 1675, fiesta de san Luis Gonzaga, viernes siguiente a la octava de Corpus, mismo día pedido por el Señor, se celebra la primera fiesta del Amor

en la que Margarita y el padre la Colombière se consagran al Sagrado Corazón.

Las dificultades que señala el Sagrado Corazón al padre Claudio se presentarían muy pronto, pues durante los siguientes quince años se hizo un silencio sobre estas importantísimas revelaciones. Y para más confirmación poco tiempo después el padre Claudio es enviado a Inglaterra, como predicador de la duquesa de York, futura reina de Inglaterra. Margarita le dio un billete al padre Claudio en el que le señala tres importantes indicaciones para su nueva misión, que él, de momento, no entendió: I.- El talento del padre La Colombière es el de llevar las almas a Dios: por esto los demonios dirigirán contra él los esfuerzos; hasta las personas consagradas le harán sufrir y no aprobarán lo que diga en sus sermones para guiarlas hacia Dios. Pero la bondad de Dios será su sostén en sus cruces, tanto cuanto en Él confíe. II.- Debe tener una dulzura compasiva para con los pecadores y no servirse de la fuerza si no cuando Dios se lo dé a entender. III.- Que tenga gran cuidado de no apartar el bien de su fuente. Esta palabra es corta, pero encierra muchas cosas, de las cuales Dios le dará la inteligencia según la aplicación que haga de ella.

Margarita quedó en Paray entre

dulces consolaciones y duras tribulaciones. En esta situación se le volvió a aparecer Jesucristo a Margarita presentándole en una mano el cuadro de una vida, la más dichosa para una religiosa, llena de paz, de consolaciones interiores, gozando de plena salud y con el aplauso y estima de las criaturas y en la otra mano un cuadro de una vida pobre y abyecta, siempre sacrificada. El Señor le da a elegir: «Escoge, hija mía, el que más te agrade; cualquiera que elijas, te daré las mismas gracias». Margarita le contestó: «Vos solo me bastáis. Haced de mí lo que más gloria os dé. Con tal que Vos estéis contento me basta». Me contestó el Señor que había escogido la mejor parte, como María y presentándome el cuadro de la crucifixión me dijo: «He aquí lo que yo escogí y más me agrada, tanto para el cumplimiento de mis designios como para volverte como yo soy». Margarita abrazó este cuadro y aunque se estremeció de espanto, besó la mano del que se lo presentaba y abrazó el cuadro con todo el afecto de su corazón.

A partir de dicho momento fueron creciendo los dolores que se le habían anunciado en esta aparición, que fueron aumentando a lo largo de los años siguientes en que esta devoción estuvo pendiente de las autorizaciones de la madre superiora.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

Octubre. Por una misión compartida

Oremos para que la Iglesia siga apoyando por todos los medios un estilo de vida sinodal, bajo el signo de la corresponsabilidad, promoviendo la participación, la comunión y la misión compartida entre sacerdotes, religiosos y laicos.

Noviembre. Por los que han perdido un hijo

Oremos para que todos los padres que lloran la muerte de un hijo o una hija encuentren apoyo en la comunidad y obtengan del Espíritu consolador la paz del corazón.





Hace 75 años

«Clama ne cesses», heráldica de *Cristiandad*

Ibón Elósegui

El papa León XIII, a lo largo de su dilatado ministerio en la sede de Pedro escribió 13 documentos pontificios exhortando al rezo del santo rosario. En la encíclica Laetitiae sanctae escribía: «Y ahora, como si fuera una vez más, escuchando la voz de la misma Madre celosa que nos llama a “Clama, ne cesses” (“clamar y no cesar”), Nos regocijamos una vez más al dirigirnos a vosotros... sobre el tema del Rosario...».

Este «Clama, ne cesses, fue recogido como heráldica de Cristiandad desde el primer número que salió a la luz (diciembre de 1943), y todavía hoy se puede ver en la portada de la revista. Así nos explica la razón de este lema uno de los primeros redactores de Cristiandad:

«Ciertamente no fue humo de pajas ni a la ligera como se tomó el acuerdo acerca del lema que debía campea en el distintivo de nuestra revista.

Al igual que antiguamente nobles y caballeros añadían a su escudo de armas un lema, que venía a ser norma y compendio de su actitud y condición, y tal cual aún hoy día se hace por los dignatarios de la Iglesia en sus propios escudos, se decidió adoptar por escudo una campana, que repite sin cesar siempre el mismo sonido, y por lema el «Clama, ne cesses» de León XIII (encíclica Laetitiae).

Con esta proclamación de principios nadie puede llamarse a engaño. Quedó y queda bien patente cuál es nuestro intento. Repetir, recordar lo ya dicho, reiterar lo expuesto, de forma que quien no haya oído el sonido de la campana en el primero, segundo o tercer golpe de badajo, pueda darse cuenta en el cuarto.

No cabe admirarse de nuestra consciente repetición. No es agotamiento de materias, en sí inagotables, ni comodidad de redacción. Es deliberado propósito y premeditado plan.

Si tal lo hemos adoptado, hemos de hacer honor a nuestro lema.» (Fernando Serrano Misas, Cristiandad, 1949, nº 133-134).

Hace 75 años, en su número de octubre de 1949, Cristiandad, siguiendo este lema, volvía a centrarse en la fiesta de Cristo Rey. Presentamos a continuación un artículo del obispo de Barcelona que, haciendo honor a la importancia de hablar a «tiempo y a destiempo» sin cesar, tal y como lo exhorta el apóstol san Pablo en su carta a Timoteo, recuerda a los fieles que «la solución de todas las dificultades es el real y efectivo reinado de Jesucristo por su Corazón».



En la fiesta de Cristo Rey

Exhortación pastoral del Excmo. y Rvdmo. Dr. Gregorio Modrego Casáus, obispo de Barcelona

AMADOS diocesanos: el día 30 de octubre recurre este año la fiesta de Jesucristo Rey, instituida, como sabéis, por el papa Pío XI, de santa y gloriosa memoria, y mandada celebrar en la última dominica del expresado mes.

Gran solemnidad quiso dar Pío XI a la liturgia de esa fiesta, cual corresponde a su extraordinaria importancia para la gloria de Jesucristo, para la santificación de las almas y para la prosperidad de pueblos y naciones.

Con suaves luces de alborada se reveló ya la realeza de Jesucristo, el futuro Mesías, en el Antiguo Testamento; entre resplandores de mediodía la confiesan y proclaman las páginas del Nuevo [...]

No se extinguió, ni se debilitó siquiera el eco de esa solemne proclamación del reinado de Jesucristo a lo largo de los siglos. Toda la tradición católica le ha rendido el homenaje de su fe y reconocimiento y ha estudiado con cariño los fundamentos y naturaleza de ese reinado.

Pío XI, sabia y oportunamente, recogió en su hermosa encíclica *Quas primas* esa doctrina tradicional y perenne y dióle solemne expresión litúrgica para que la Iglesia tributara a Jesucristo el honor que le es debido por su divina realeza, y todos los hombres y los pueblos todos formarían parte de ese Reino que no es de este mundo, pero que está en este mundo; que no es material, sino espiritual; pero que es universal y absolutísimo. Jesucristo es Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Vieja como la proclamación solemne de la realeza de Jesús es la rebeldía de los hombres insensatos contra ese Rey universal.

Aún no se había extinguido el eco

de la majestuosa palabra de Jesús, confesando su realeza, cuando una multitud, seducida y engañada por falsos maestros del pueblo judío, vociferaba clamando: «No queremos que éste reine sobre nosotros», «no tenemos Rey, sino al César».

También ese grito de rebeldía, para desdicha de la humanidad, halló eco a través de todos los siglos; pero más que en otro tiempo alguno, en nuestros días plenamente se realiza aquel apóstrofe de David, mezcla de queja, admiración e indignación, y que tiene también aires de seguridad de triunfo: «¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos maquinan planes vanos?».

Jamás, como en nuestro tiempo, hubo tantos pueblos (digamos mejor tantos tiránicos rectores de pueblos) que tan abiertamente hicieron guerra a Jesucristo y a todo lo que lleva su carácter y su sello. Ahí están como sangrante prueba los obispos y sacerdotes perseguidos, encarcelados y asesinados. Ahí están hablando

elocuentemente las escuelas católicas arrebatadas a la Iglesia para dar en ellas educación anticristiana y levantar en las mismas cátedras de los más crasos errores. ¡Pobres pueblos! Gimen bajo la más ominosa de las tiranías de quienes, creyéndose poseer el monopolio de la verdad y proclamándose paladines de la libertad, por una monstruosa inconsecuencia, hacen guerra a aquel que es la misma Verdad, que vino a dar testimonio de ella, y de quien nos viene el precioso don de la libertad. Jesucristo no es en casi todos los demás pueblos abiertamente perseguido, pero tampoco es sinceramente reconocida su realeza, ni aceptada su doctrina, ni son plenamente obedecidas sus leyes santísimas.

Y ¡así le va al mundo!

[...] el mundo, al hacer guerra abierta o solapada a ese Rey, se ve trágicamente en la impotencia de evitar la conculcación de la justicia, se siente envuelto en llamas de odio, y mientras angustiosamente grita; ¡paz! ¡paz!, más se aleja de ella, preparando los caminos de nuevas y más funestas guerras. No son ciertamente tiempos de paz estos que vivimos. No son los que describe el profeta, en que las lanzas se convertirán en rejas de arados, sino que, por el contrario, todo el progreso, brutalmente materialista, sirve a la destrucción y no al bienestar de los pueblos.

¡Justo castigo de Dios!, que se consumará para infortunio de los hombres y destrucción apocalíptica, si los pueblos no vuelven a Dios y a su Cristo, con cuya salvadora doctrina y celestiales y sobrenaturales ayudas únicamente pueden resolverse pavorosos problemas, cada día más complicados y acuciantes, planteados en la vida interna de los pueblos y en las relaciones internacionales.

En esta fiesta de Cristo Rey, la Iglesia formula el ferviente voto que expresa aquella estrofa del himno de primeras vísperas: «Hónrenle públicamente los que presiden las naciones, ríndanle culto maestros y jueces, refléjenle las leyes y las artes».

¡Ojalá llegue pronto el día en que los pueblos, rotas las cadenas de la esclavitud, o en uso de una verdadera libertad y tocados de la gracia de Dios, reconozcan el derecho de Jesucristo a reinar con imperio universal y absoluto; entiendan que servir a Cristo es reinar y que someterse a su voluntad santísima es la mejor garantía de todas las legítimas libertades; que no hay otro camino para lograr la verdadera paz y felicidad de los pueblos!

Demos gracias a Dios de que nuestra católica nación reconozca y acepte el dulce imperio de Jesucristo; pero hagamos votos y laboremos todos, cada uno desde su plano y en su ambiente, para que nuestras instituciones, nuestras leyes y nuestras costumbres públicas y privadas respondan fielmente a nuestra rotunda afirmación de catolicismo.

[...] Os exhortamos vehementemente a que seáis los primeros en el servicio del gran Rey, Cristo Jesús, y en su Reino y por su Reino, que es su Iglesia, trabajéis, primero sobre vosotros mismos, siendo templos vivos de Dios, mediante la fiel observancia de su santa ley, de toda su santa ley.

La fiesta de Cristo Rey ha de ser para todos un fuerte recordatorio de los deberes que nos impone ese noble vasallaje, y un estímulo para comportarnos como súbditos de ese gran Rey [...]

Los socios del Apostolado de la Oración, desde sus respectivos centros (¡ojalá los hubiera en todas y cada una de nuestras parroquias!), íntimos y confidentes del Corazón

de Jesús, por la oración ascensional hasta los más altos grados; consoladores del Corazón divino, por la expiación sacrificada, el amoroso desagravio y la generosa reparación, han de hacerle dulce violencia para que Él, con el torrente de sus gracias, atraiga a su amor a todos los hombres.

De esos amantes del Corazón divino, de esos católicos de verdad, que están convencidos de que sólo la efusión del Corazón de Jesús sobre los hombres y el amor de éstos a Él sobre todas las cosas es el secreto del éxito, nació la feliz e inspirada idea de que, con motivo del quincuagésimo aniversario de la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús por el papa León XIII, de imperecedera memoria, sea ella renovada en el próximo Año Santo, juntamente con la consagración al Corazón Inmaculado de María, oportunamente practicada hace pocos años por el papa Pío XII, felizmente reinante. [...]

Podéis suponer con qué íntima satisfacción leíamos hace pocos días en el *Osservatore Romano* que Su Santidad el Papa, recogiendo el voto ferviente de muchos obispos del orbe católico, renovaría, en una de las misas solemnes que celebrará en el Año Santo, la consagración del mundo a los purísimos Corazones de Jesús y de María [...]

Quiera el Señor que, en medio del mundo actual, la fiesta de Cristo Rey convenza a todos de que la solución de todas las dificultades es el real y efectivo reinado de Jesucristo por su Corazón. Nosotros, queridos diocesanos, que ya estamos convencidos de ello, vivamos como exige la noble vocación de súbditos del Reino de Jesucristo.

«¡Regnum Christi veniat!» Barcelona, 19 de septiembre de 1949



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

Viaje apostólico del papa Francisco a Luxemburgo y Bélgica

EL papa Francisco dejaba una vez más la Ciudad del Vaticano el pasado 26 de septiembre para emprender un viaje apostólico que le llevaría en esta ocasión a tierras de Luxemburgo y Bélgica. En el Gran Ducado de Luxemburgo, además de las visitas y discursos más protocolarios, el Papa se reunió con los fieles luxemburgueses en la catedral de «Notre-Dame», a quienes animó a encarnar el espíritu evangélico de acogida y a pasar de las simples propuestas de atención pastoral a propuestas de anuncio misionero para dar a conocer al mundo entero la alegría del encuentro con Cristo.

Los tres días siguientes el Santo Padre los pasaría en Bélgica. En el primer encuentro que tuvo con las autoridades y la sociedad civil el Papa recordó que «la Iglesia católica quiere ser una presencia que, dando testimonio de su fe en Cristo resucitado, ofrece a las personas, a las familias, a las sociedades y a las naciones, una esperanza antigua y siempre nueva, una presencia que ayuda a todos a afrontar los desafíos y las pruebas, sin entusiasmos volátiles ni pesimismo sombríos, sino con la certeza de que el ser hu-

mano, amado por Dios, tiene una vocación eterna de paz y de bien, y no está destinado a la disolución ni a la nada».

Durante su viaje el Papa visitó la Universidad Católica de Lovaina (neerlandesa) y de Lovaina-La-Nueva (francófona), universidades que el próximo año celebrarán el sexto centenario de su fundación y se reunió con profesores y alumnos de las mismas. En ambos casos la intervención del Santo Padre siguió a unos discursos deplorables en una universidad que se llama católica. En la primera (que mientras el Papa hablaba sacó una aún más deplorable nota de prensa) el papa Francisco invitó al mundo universitario a ensanchar las fronteras del conocimiento y, constatando que la sociedad actual está sumergida en una cultura marcada por la renuncia a la búsqueda de la verdad, denunció los dos límites que impiden superar esta situación: el cansancio del espíritu y el racionalismo sin alma que reduce al hombre a la mera materia. En la segunda, les habló de tres actitudes que deben presidir la labor universitaria: la gratitud hacia Dios por el don de la creación, la misión de custodiar su belleza y cultivarla para el bien de todos –«Este es el “programa ecológico” de la Iglesia», remarcó el Papa– y la fidelidad a Dios y fidelidad al hombre.

El sábado por la mañana el Santo Padre se reunió con los obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas, seminaristas y operadores pastorales belgas en la basílica del Sagrado Corazón de Koekelberg y les propuso algunas líneas de reflexión en torno a tres palabras: evangelización, alegría y misericordia. Tras este encuentro el Papa se acercó a la iglesia de Nuestra Señora de Laeken, en cuya cripta se encuentran las tumbas de numerosos miembros de la Casa Real de Bélgica. Acompañado por el rey Felipe y la reina Matilde, el papa Francisco se detuvo ante la tumba del rey Balduino en oración silenciosa, tras la cual elogió la valentía de Balduino cuando optó por «dejar su cargo de Rey para no firmar una ley asesina» e instó a los belgas a mirarlo «en este momento en que las leyes criminales se abren paso», palabras que han provocado una airada reacción en un parlamento belga que no sólo legisla orgullosamente contra los mandamientos de la ley de Dios sino que ya no consiente que nadie le recuerde lo que está bien y lo que está mal.

Al día siguiente el Papa celebró una multitudinaria misa en el estadio «Rey Balduino» en la que, a la luz del Evangelio y en relación al pecado de escándalo, predicó sobre la necesidad de cooperar a la acción libre del Espíritu Santo con humildad, gratitud y alegría, poniendo el fundamento de nuestras decisiones, el Evangelio de la misericordia, que es el mismo Jesús, e hizo una enérgica condena de todo tipo de abuso. Durante la ceremonia fue beatificada la madre Ana de Jesús (1545-1621), carmelita descalza que difundió los ideales de santa Teresa de Jesús en España, Francia y los Países Bajos españoles. «En un tiempo marcado

por escándalos dolorosos, dentro y fuera de la comunidad cristiana, –afirmó el Papa– ella y sus compañeras, con su vida sencilla y pobre, hecha de oración, de trabajo y de caridad, supieron traer de nuevo a la fe a tantas personas, hasta el punto de que alguno definió su fundación en esta ciudad [de Bruselas] como un “ímán espiritual”».

Carta del papa Francisco a los nuevos cardenales

El pasado 6 de octubre el Santo Padre anunció la creación de 21 nuevos cardenales para el próximo 8 de diciembre, entre los que se encuentran once religiosos y diez diocesanos. En una carta dirigida a los candidatos al cardenalato el Papa les animó a encarnar las tres actitudes con las que un poeta argentino –Francisco Luis Bernárdez– describía a san Juan de la Cruz:

«Ojos altos, porque tu servicio exigirá ampliar la mirada y ensanchar el corazón, poder mirar más lejos y amar más universalmente con mayor intensidad. Entrar en la escuela de su mirada –Benedicto XVI– que es el Costado abierto de Cristo.

»Manos juntas, porque la Iglesia lo que más necesita –junto con el anuncio– es tu oración para apacentar bien la grey de Cristo. La oración, que es el ámbito del discernimiento para ayudarme a buscar y hallar la voluntad de Dios para nuestro pueblo, y seguirla.

»Pies desnudos, tocando la aspereza de la realidad de muchos rincones del mundo embriagados de dolor y sufrimiento por la guerra, la discriminación, la persecución, el hambre y numerosas formas de pobreza que te exigirá tanta compasión y misericordia».

XII Jornadas martiriales. La espiritualidad y la oración de los mártires

La espiritualidad y la oración de los mártires ha sido el telón de fondo sobremosegundas jornadas martiriales, organizadas en Barcelona por la asociación AMABA (Amigos de los Mártires de Barbastro-Monzón) durante los días 18 a 20 de octubre.

Las jornadas de este año invitaron a los presentes a pensar en los mártires no sólo desde la perspectiva de cómo dieron la vida en testimonio de su fe y de su amor a Dios por encima de todo sino también desde la perspectiva de su propia vida espiritual, muchas veces ofrendada ya de antemano a Dios a través de la oración y manifestada a través del grito de ¡Viva Cristo Rey! como afirmación del deseo y esperanza de que el ofrecimiento de su vida fuese también una oración pidiendo el triunfo divino.

La espiritualidad y la oración del beato **Salvio Huix**, obispo de Lérida, de los mártires de la diócesis de Madrid o de Cuenca o de diversos mártires de vida contemplativa han sido algunos de los testimonios en los que se ha profundizado durante estas jornadas, que acabaron con la celebración de la Eucaristía en la catedral de Barcelona tras visitar la tristemente célebre checa de San Elías en los bajos de la actual parroquia de santa Inés.

Los beatos y santos mártires del siglo xx en España que ya han sido beatificados y canonizados –entre marzo de 1887 y diciembre de 2023– ascienden a 2128 pero, como se señaló durante las jornadas, actualmente existen 54 causas abiertas, que implican a 31 diócesis distintas y suman un total de 3280 siervos de Dios: 2095 sacerdotes diocesanos (incluyendo dos obispos), 43 seminaristas, 443 religiosos y 699 laicos.



Actualidad política

Jorge Soley Climent/ Piero Viganego Busquets

La guerra de Gaza se extiende al Líbano

Los atroces ataques terroristas de Hamás perpetrados el 7 de octubre de 2023 marcaron el inicio de una etapa inédita en el conflicto que se desarrolla desde hace décadas en Tierra Santa. Lo que era inconcebible había sucedido, se habían traspasado todas las líneas rojas, e Israel respondió con algo que también parecía imposible hasta entonces: la invasión terrestre de Gaza. Durante el año transcurrido hemos sido testigos de nuevas «imposibilidades» que se hacían realidad: ¿quién hubiera pensado, por ejemplo, que Israel tenía capacidad para matar al líder de Hamás, Ismail Haniyá, en pleno Teherán? Y así hemos llegado a un nuevo paso en la escalada bélica: la eliminación de la cúpula del grupo chiíta libanés Hezbolá en una operación de inteligencia inédita, seguida de bombardeos sobre los barrios chiítas de Beirut, donde Hezbolá almacena su arsenal en numerosas casas particulares y, finalmente, la invasión terrestre del sur del Líbano, desde donde Hezbolá hostigaba sin cesar a Israel con el lanzamiento de misiles.

Sin prisas, pero sin pausa, Israel está ejecutando su plan para conseguir el objetivo explícitamente anunciado por su primer ministro, Ben-

jamín Netanyahu: cambiar de forma duradera el equilibrio de poder en la región. No se trata de castigar solamente a Hamás para regresar a la situación previa al ataque de Hamás en suelo israelí, sino de reconfigurar una nueva situación en Oriente Medio. Este nuevo *statu quo* que busca Israel pasa por golpear con fuerza a quienes le han atacado, asegurarse de que no se producirán nuevos ataques como el vivido el 7 de octubre, estableciendo «zonas colchón» desmilitarizadas, pero también por llevar la guerra allá desde donde Israel sea atacado. Hasta el momento, por ejemplo, Hezbolá podía lanzar misiles sobre Israel mientras sus dirigentes estaban seguros en Beirut. Ya no sucede así: lo inconcebible ha vuelto a ocurrir, Beirut es bombardeada, tropas israelíes invaden el sur del Líbano y cualquier instrumento de comunicación usado por los enemigos de Israel puede convertirse en un arma letal.

Esta nueva doctrina, llevar la guerra a territorio de los enemigos, implica que muy probablemente la escalada no se detendrá en el Líbano y Yemen, sino que se extenderá a Siria, Iraq e Irán. Es precisamente este último país el *quid* de la cuestión, pues en realidad la guerra que se ha desatado, aunque en diversos escenarios, es una guerra entre Irán e Israel. Hasta el momento Irán ha combatido



Un ciudadano iraní quema una bandera de Israel en Líbano

a través de los grupos que financia y controla («grupos proxy», en terminología militar), pero es de esperar que Israel busque un enfrentamiento directo con Irán para el que, desde el lanzamiento masivo de misiles iraníes sobre Israel como respuesta a la muerte del líder de Hezbolá, Hasán Nasralá, ya se siente legitimado. Porque además, de poco valdría eliminar la posibilidad de que Hezbolá lance algunos misiles desde el sur del Líbano, interceptados en su mayoría por las defensas israelíes, si se permite que Irán obtenga armamento nuclear destinado, como no se cansa de repetir el régimen de los ayatollás, a borrar del mapa a Israel. **La cuestión que se plantea, en un escenario de guerra perpetua, es si Israel podrá sostener en el tiempo este nivel de esfuerzo bélico.**

Por otro lado, la escalada bélica plantea cada vez más dilemas éticos, pero lo hace para quienes (cada vez menos) analizan la guerra desde los parámetros de la teoría de la guerra justa, nacida al calor de las enseñanzas cristianas. Muy al contrario, lo que está sucediendo en Oriente Medio es la regresión, no a la ley del

Talión (fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente), que en su estricta proporcionalidad supuso un avance moral, sino al modo de guerrear de los poderes de la Antigüedad: una guerra que no acepta ningún límite, que no se detiene ante nada, y que recuerda a la ley de Lamec: «Maté a un hombre porque me hizo una herida y a un muchacho porque me dio un golpe. Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta y siete» (Gen 4,23). Han sido muchos quienes creían que se podía prescindir del cristianismo pero continuar disfrutando de sus frutos. No es así, un mundo en el que la religión cristiana está en retroceso y en el que su influencia, lógicamente, declina, será, es ya, un mundo en el que imperará la crueldad.

Elecciones regionales en Alemania: auge de AfD y batacazo de los partidos tradicionales

Tal y como venían anunciando las encuestas, en las recientes elecciones regionales de los distintos *lander* alemanes el partido «Alternativa para

Alemania» (AfD), ha experimentado un espectacular ascenso. En los tres *lander* que ya han pasado por las urnas, Turingia, Sajonia y Brandeburgo, AfD ha cosechado la victoria en Turingia, y ha obtenido la segunda posición en Sajonia y Brandeburgo. Su ideario político, en líneas generales, puede resumirse en un nacionalismo alemán (no-religioso), con una firme postura de aumento del control migratorio, y de euroescepticismo, con especial énfasis en la oposición a las regulaciones climáticas.

Este ascenso electoral ha sacudido tanto el panorama político alemán como europeo. Lejos de ser un fenómeno aislado o anecdótico, parece que el éxito de AfD es un reflejo ya innegable de la frustración acumulada por parte de un amplio sector de la sociedad que siente que los partidos tradicionales han fracasado. Este partido, que surgió como una fuerza política minoritaria en 2013, ha logrado consolidarse como la principal alternativa política en varios estados alemanes, especialmente en el este del país.

Los resultados de AfD en los estados de Turingia, Sajonia y Brandebur-

go han sorprendido por su magnitud. En Turingia, AfD alcanzó un 31% de los votos, lo que le permitió consolidarse como la primera fuerza política en el estado. Este resultado refleja un cambio radical en la estructura política de la región, tradicionalmente dominada por los partidos del centro y la izquierda. En Sajonia, AfD también logró un notable 28%, mientras que en Brandeburgo obtuvo el 24%, quedando en una destacada segunda posición muy cercana a los socialistas del SPD, partido al que pertenece el actual canciller alemán Olaf Scholz.

En contraste con el éxito de AfD, los partidos tradicionales, como la CDU (democracia cristiana) y el SPD (socialistas), han visto cómo su base electoral se erosionaba considerablemente. En Turingia y Sajonia, los partidos que forman la actual coalición de gobierno nacional (los verdes, el SPD y los liberales) lograron resultados desastrosos, obteniendo apenas un 17% de los votos en Sajonia y un 13% en Turingia.

La situación es indicativa del profundo malestar que sienten muchos alemanes ante la situación a la que los partidos tradicionales han llevado al país. El mensaje cada vez más descafeinado de la democracia cristiana ha ido perdiendo fuerza y la aleja de

la posición dominante de la que ha gozado tantos años en Alemania (Ángela Merkel fue capaz de gobernar el país como líder de la CDU durante 16 años). Por otro lado, la actual coalición tripartita de gobierno ha sido incapaz de contener el avance de AfD. Más pendientes de lidiar con las disputas internas y las diferencias que les separan, han ahondado en la tendencia multicultural y han sido incapaces de frenar la inmigración irregular. Una parte sustancial de los votantes han respondido apoyando a un partido que promete políticas más firmes y claras, especialmente en los temas que más preocupan a la ciudadanía, como la inmigración y la seguridad.

El vuelco y contraste se ha dado de manera especial entre los jóvenes. En Sajonia, el 38% de los votantes entre 18 y 24 años apoyaron a AfD. De manera similar, entre los votantes menores de 34 años, un tercio de ellos apoyó a AfD en Turingia y Brandeburgo.

Otro de los hechos llamativos de estas elecciones ha sido el crecimiento de BsW. Este partido, de izquierda radical, defiende también un fuerte rechazo a la inmigración irregular y a la Unión Europea, abogando también por interrumpir las ayudas militares a Ucrania. BsW ha logrado la tercera

posición tanto en Turingia, y Sajonia como en Brandeburgo, con un 16%, 12% y 13% de los votos, respectivamente. Parece bastante evidente que muchos votantes de izquierdas no se sienten ya apelados por la agenda *woke* y las promesas vacías con las que los bombardean a diario los partidos de izquierda tradicionales, y priorizan a la hora de orientar su voto los problemas reales que sufren en el día a día, como la inseguridad social, el estancamiento de los salarios o la dificultad creciente de acceder a una vivienda.

La situación en Alemania no es única. Su vecina Austria acaba de situarse en un escenario similar tras sus elecciones nacionales, en las que el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), considerado el homólogo de AfD en términos de postura anti-inmigración y nacionalismo, ha logrado ser el partido más votado. Este éxito refleja un fenómeno creciente en Europa: los partidos tradicionales, con un mensaje cada vez más acompañado entre los de derechas, y más radical y *woke* entre los de izquierdas, están dejando escapar a un electorado que huye hacia nuevos partidos que capitalizan el descontento hacia las políticas que los partidos tradicionales han impulsado.



Simpatizantes del partido Alternativa para Alemania (AfD) en el parlamento regional de Turingia.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



**Colabore en la difusión
CRISTIANDAD
¡Suscriba a un amigo!**

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Suscripción anual

- Suscripción España (papel) 50 euros
- Suscripción fuera de España (papel) 65 euros
- Suscripción en formato digital 20 euros
- Suscripción de colaborador (papel) 80 euros

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

Donativos:

- Domiciliación bancaria
- Ingreso en cuenta:
ES18-2100-1366-12-0200082911
(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



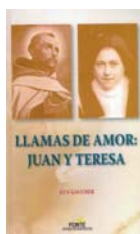
El universo religioso de Dostoievski
Romano Guardini

Editorial: Rialp
368 páginas
Precio: 25,00€

No hay personaje que destaque en la obra de Dostoievski que no posea un significado religioso: sus decisiones reales tienen ahí su origen, y todos ellos parecen estar expuestos al destino y a las fuerzas religiosas.

Guardini analiza las preguntas que sobrevuelan las cinco grandes obras de Dostoievski: qué es la naturaleza, el mundo, el dolor y el mal en sus diversas formas.

Finalmente, investiga los valores vigentes en Dostoievski, sobre todo los más nobles: el honor, la sinceridad, la inocencia y la libertad, el amor, la bondad o la quietud, entre otros, todos ellos saturados de un valor religioso que lo penetra todo y que agiganta el valor perenne de su literatura.



Llamas de Amor: Juan y Teresa
Gaucher, Guy

Editorial de Espiritualidad
280 páginas
Precio: 16,00€

En su autobiografía, Teresa de Lisieux escribía: «¡Ah! ¡cuántas luces he hallado en las obras de nuestro padre san Juan de la Cruz!... A la edad de diecisiete y dieciocho años, no tenía otro alimento espiritual...». No hacía falta nada más para que Mons. Guy Gaucher, uno de los mejores conocedores de Teresa del Niño Jesús, profundizara sobre este aspecto de la santa. En este libro demuestra que la influencia de san Juan de la Cruz en Teresa de Lisieux fue decisiva y se manifestó desde su adolescencia hasta el final de su vida. El «poeta de Dios» fue para ella un maestro inigualable de fe, de esperanza y desde luego de amor, de ese amor que inflamaba el corazón de Teresa.



Leonía Martin. La biografía
Gourcuff, Madeleine de

Editorial: Monte Carmelo
548 páginas
Precio: 35,00€

¿De qué modo esta joven de salud frágil, que vivió una infancia difícil, responde, sin embargo, a pesar de todo, a su vocación religiosa en el monasterio de la Visitación de Caen?

Historiadora y teresiana, Madeleine de Gourcuff comenzó a escribir la biografía de Leonía Martin en 2015. En 2017 se asoció a la comisión histórica para su beatificación. En este marco comenzó su trabajo de biógrafa.

Prefecto de Yves Chiron, historiador, periodista y ensayista francés, especialista de historia en la Iglesia católica contemporánea, autor de una cincuentena de obras.



OBRA CIVILIZADORA Y EVANGELIZADORA

«De esta fe católica romana estuvieron animados vuestros padres y gobernantes... El orgullo de esta fe exalta vuestro nombre y hace sagradas muchas páginas de vuestra historia; esta fe elevó sobre los vestigios de la civilización precolombina, y sobre las salvajes soledades, y hasta más allá de las vertiginosas cimas de vuestros montes el espíritu misionero que, regenerándolos romanamente, transformó aquellos pueblos idólatras en devotos hijos de la Esposa de Cristo».

Pío XII, radiomensaje al II Congreso Eucarístico nacional de Perú,
27-10-1940.

«...el intento, en gran parte logrado, de aquellos grandes misioneros, secundados por el espíritu universal y católico de la legislación de sus monarcas, de fundir en un solo pueblo, mediante la catequesis, la escuela y los colegios de letras humanas, el elemento indígena con las clases cultas venidas de Europa o nacidas ya en tierra americana».

Pío XII, radiomensaje del 12-1-1954.